

**EL LENGUAJE DE LOS DIENTES  
LO ESENCIAL**

**ESTELLE VEREECK**

Galardonada de la Facultad de Medicina de Nancy

Doctor en Cirugía Dental

**Ediciones Luigi Castelli**  
**Colección Autonomía Salud**

## ÍNDICE

A propósito de la descodificación del lenguaje de los dientes	5
Absceso	6
Advertencia	5
Agnesia	9
Apretar los dientes	75
ATM (articulación de las mandíbulas)	10
Bibliografía	82
Blancura (belleza, blancura, blanqueo)	12
Colmillo (Canino)	15
Carie	17
Coloración	78
Corona	19
Dentista	31
Descarnamiento	21
Desgaste	79
Desvitalización (o pulpectomía)	31
Diente	24
Diente de leche	25
Edentación	34
Empaste	67
Encía	41
Retenida (Muela)	50
Aparición	35
Extracción	38
Fractura	39
Huesos	65
Implante	44
Implantación	45
Incisivos	46
Incisivo central	48
Incisivo lateral	48
Índice	3
Índice de dientes	86
Introducción	5
Lo esencial alfabético	6
Luxación	52
Masticar	53
Molares	56
Molares – Primeros molares	56
Molares – Segundos molares	56
Muela del juicio	27
Oclusión	60
Órganos (vínculos con los dientes)	62
Ortodoncia	63

Premolares	69
Premolares – Primeros premolares	70
Premolares – Segundos premolares	71
Prótesis	73
Puente	13
Rechinar de dientes	42
Sarro	77
Y ¿ahora qué hacemos?	

Del mismo autor en la misma colección:  
(presentación al final de la obra)  
DICCIONARIO DEL LENGUAJE DE SUS DIENTES  
Éditions Luigi Castelli Abril 2004

ORTODONCIA ALTO A LA MASACRE  
Éditions Luigi Castelli Abril 2005  
[www.editions luigicastelli.com](http://www.editions.luigicastelli.com)

Extractos, índices, entrevistas, opinión de los lectores, fotos, etc.

Crónicas, entrevistas, informaciones de Estelle Vereeck

ISSN 1768-1685

ISBN : 2-9521589-3-2

© Éditions Luigi Castelli 2005

BP 504 – 13091 Aix en Provence Cedex 2

Derechos de traducción y de reproducción reservados para todos los países

En aplicación de la ley del 11 de marzo de 1957,

toda representación, traducción, adaptación o reproducción,

incluso parcial, por cualquier procedimiento que sea,

fotográfico, fotocopia, cinta magnética, disco u otro

salvo autorización del editor,

es ilícita y constituye una falsificación

salvo autorización del editor, es ilícita y constituye una

falsificación sancionada por los artículos 425 y siguientes del código penal.

EL LENGUAJE DE LOS DIENTES

LO ESENCIAL

## ADVERTENCIA

*El libro no sustituye un acto médico.  
El diagnóstico del profesional es esencial*

La toma de conciencia de los factores psíquicos de un problema no reemplaza un cuidado. Exceptuando algunas pocas lesiones, las enfermedades dentales son irreversibles. *Lo esencial es ir al dentista con un espíritu de reconciliación consigo mismo (sin pedirle ayuda psicológica porque esa no es su función).* El acto dental adquiere otra dimensión cuando se establece una alianza entre cuidado y toma de conciencia. Se facilita el cuidado, se reduce o se elimina el número de recidivas. Si el acto de cuidar el físico es insuficiente, lo inverso, pretender curar sólo con la toma de conciencia es un error cuyas consecuencias pueden resultar graves para los dientes. Su incapacidad para regenerarse solos hace de ellos un órgano frágil, a pesar de su dureza. Atenderlos exige una visión global.

### A PROPÓSITO DE LA CODIFICACIÓN DEL LENGUAJE DE LOS DIENTES

Diferentes autores abordan el tema bajo el término genérico de *descodificación dental*. La descodificación del lenguaje de los dientes es un vasto campo de investigación, es normal que cada uno tenga su enfoque. El de Estelle Vereeck es notable en más de un sentido. Ella se basa únicamente en sus propias investigaciones y no se inspira en ningún trabajo existente. Su obra es original, no una compilación. Ante los múltiples enfoques existentes, al lector le conviene mantenerse atento y circunspecto y juzgar por sí mismo la pertinencia de las informaciones propuestas. Estelle Vereeck considera que su enfoque puede ayudar, además de otros enfoques, y sobre todo además de los diagnósticos y cuidados médicos. Ella se niega a considerar que la toma de conciencia pueda resolverlo todo (*leer la Advertencia de la página 5*)

## INTRODUCCIÓN

Nuestros dientes nos hablan, escuchémoslos. ¡Es ESENCIAL!

¿Escuchar a nuestros dientes? La sugerencia nos parece sorprendente, incluso incongruente. Obligados a escucharlos cuando un dolor paroxismal (*dolor de muela, absceso*) nos hace recordarlos, el resto del tiempo los ignoramos. Esperamos a que se degraden, la incomodidad o el dolor para sacar un turno o tocar con urgencia el timbre del dentista de guardia. Una carie, ¡qué calamidad!, la mala suerte o la fatalidad nos golpea. Terminamos creyendo que nuestros dientes sienten un placer malsano en atormentarnos! Nos comportamos como si esos órganos hechos de esmalte y dentina, plantados en nuestras mandíbulas, no nos pertenecieran. Sólo integramos su presencia cuando el dolor nos los recuerda. Los entregamos por obligación a los cuidados del dentista, esperando que nos libre del problema. El resto del tiempo, los olvidamos.

La decodificación del lenguaje de los dientes o descodificación dental, propone que nos interese en los dientes no como objeto de sufrimiento sino como instrumento de conocimiento de sí. En lugar de ocultar el problema a golpe de analgésicos, de antibióticos o de empastes apremiantes, la cosa consiste en interesarse en el mensaje de la muela enferma. Y si finalmente, nuestros problemas dentarios tuvieran un sentido Basta de

pensar que nuestros dientes se ensañan para amargarnos la vida. Y, si por el contrario, estuvieran pidiendo auxilio, tratando de traducir a su manera el malestar interior que no queremos ver. Una visión así abre nuevas perspectivas. La dolencia (*carie, descarnamiento, etc.*) no es un problema sino una información que está enviando el cuerpo, un mensaje para decodificar. De este modo, el lenguaje de los dientes se convierte en el soporte de un diálogo constructivo con uno mismo: ¿qué me está enseñando esta muela sobre mí, sobre mi vivencia, mis dificultades para ser o para expresarme? Fractura, absceso y otras lesiones son los elementos de un lenguaje con todas las de la ley: el lenguaje de los dientes.

En su anterior obra, el “*Diccionario del lenguaje de sus dientes*”, Estelle Vereeck da las claves de acceso precisas a ese lenguaje, detallando diente por diente y afección por afección el significado de cada problema. El éxito del Diccionario muestra que un número creciente de personas se interesa en el lenguaje de los dientes. Numerosos dentistas, que ya no conciben tratar una muela sin tener en cuenta el nivel emocional o físico, han comprendido el interés de esa herramienta y la han integrado a su práctica. Por otra parte, hay cada vez más pacientes que necesitan dar un sentido a sus problemas dentales. Ellos presienten que su boca es el teatro donde se expresa un malestar más profundo, asociado a una vivencia reciente o lejana. Para ellos también, el Diccionario es una herramienta de calidad.

Sin embargo, aplicar las informaciones del diccionario para dar sentido a su caso personal no siempre resulta fácil. Decodificar un problema a la luz de su propia historia es más fácil con ejemplos que inspiren la reflexión. El presente libro fue escrito para responder a esa necesidad. En cierto modo es la aplicación práctica del Diccionario. Es necesario interesarse en las principales lesiones y comprender su sentido a través de los casos concretos. Sin duda, usted se reconocerá o reconocerá a sus hijos, a sus familiares, a través de los ejemplos dados. Que usted ya conocía el Diccionario o que el lenguaje de los dientes sea para usted un descubrimiento, la prueba a través del ejemplo le permitirá comprender hasta qué punto la boca es un lugar extraordinario de simbolización de sus males, un teatro vivo en donde cada diente, cada afección, e incluso cada cuidado (*corona, puente, prótesis*) traduce una vivencia, una emoción, una creencia.

Si el lenguaje de los dientes es de una riqueza infinita, *Lo esencial* hace descubrir cuan simple es, basado en el buen sentido y la evidencia y, sobre todo, que es parte integrante de nuestro quehacer cotidiano. El libro ayuda a desarrollar el sentido de la escucha de sí cuya finalidad es estar siempre más consciente y presente en sí mismo. Tenemos que poner fin a los problemas dentarios decodificando las palabras de lo interior que se ocultan tras los dolores de muelas. ¡Que los numerosos ejemplos de este libro puedan resonar con su historia y abrir nuevas puertas de comprensión en usted mismo!

## **LO ESENCIAL ALFABÉTICO**

### **ABSCESOS**

*Leer también: Huesos*

El absceso es una lesión que afecta la extremidad de una raíz. Se presenta bajo la forma de una masa redondeada, floja (*granuloma*) o delimitada nítidamente (*quiste*). Indica la acumulación de toxinas e impurezas, a la vez físicas y emocionales.

### **FASE DE SUEÑO**

Un absceso en fase de sueño presenta la particularidad de ser totalmente indoloro. Su descubrimiento con motivo de una radiografía causa el efecto de un rayo. La persona abre los ojos con asombro. No sabe que está sufriendo. Ignora que unas toxinas físicas y

emocionales le están envenenando cuerpo y alma. Las personas que padecen abscesos rechazan sus emociones con una extraña eficacia. En lo más profundo de ellas, revientan de rabia, se ahogan de ira, de pena o despecho. Sin embargo, en la superficie no trasluce nada. La persona se cree sinceramente en paz con ella misma y con el mundo: “¿enojado yo? ¡Jamás!” o “¿Resentimiento? No sé lo que es eso”, y también “¿Odio? Espero que sea una broma”.

La persona que padece de abscesos está persuadida de que está bien. Sin darse cuenta, está sentada sobre un volcán, una bomba presta a estallar. Reprimir los problemas en lo más profundo, refrenar las lágrimas, tragarse la ira, contener su despecho, enterrar toda forma de agitación emocional es el modo de supervivencia que la persona ha desarrollado en reacción a su sufrimiento. El absceso es la lesión privilegiada de las personas que han comprendido muy pronto que no tenían derecho a expresar ni reacciones ni necesidades. Aprendieron a reprimir el menor sobresalto emocional. Aparentemente, ¡es la calma chicha! Todo va “viento en popa”, el humor también. En las profundidades, bien ocultas bajo las raíces, languidecen emociones atascadas, acumuladas durante tiempo, que hacen sus estragos con sordina.

El absceso representa una masa parásita de emociones negativas que a espaldas de la persona, le aspira la energía y la alegría de vivir. Al crecer en el extremo de la raíz, el absceso forma una barrera que desvía a la persona de sí misma, impidiéndole hacer uso de sus recursos, acceder a sus riquezas potenciales. Annette tiene un absceso voluminoso en un incisivo central superior derecho (*muela de la radiación*). Ella misma explica: “Durante largos años, tuve muchas dificultades para ocuparme de mí, siempre tenía algo mejor que hacer que cuidarme, porque en el fondo yo no me quería, yo rechaza quien yo era. Constantemente desviada de mis ocupaciones, me costaba concentrarme. Me sentía permanentemente desubicada, un poco como si algo me sacara fuera de mí misma, una especie de actividad parasitismo. Cuando me sacaron el absceso, reviví, tuve la impresión de reencontrarme, de volver a habitar en mí. Me siento más centrada, más en paz. Tengo la sensación de haber vuelto a ser yo misma”. El absceso en la muela de la radiación muestra mucha vergüenza y sentimientos negativos acumulados contra sí misma. Annette denigró durante mucho tiempo su faceta femenina (muela derecha). Liberada del absceso que perturbaba su identidad (*muela de la radiación*), recupera la alegría de volver a ser ella misma. Annette le debe el resultado positivo a la intervención (*resección apical*) y a un trabajo de toma de conciencia sobre las causas que la llevaron a renegar de su identidad femenina.

El absceso descubierto “por casualidad” gracias a una radiografía de control muestra que la persona está dispuesta a ver su problema. Sin embargo, acostumbrada a negarlo desde hacía muchos años, no sabe cómo abordarlo. Necesita paciencia y tenacidad, aceptar descender hasta lo más profundo de ella misma, a las criptas del inconsciente donde languidece el pantano emocional. Aprender a contactar y a liberar poco a poco las emociones bloqueadas es el trabajo exigido.

En el caso de un granuloma (*absceso no delimitado por una membrana*), el sufrimiento y las emociones rechazadas son relativamente accesibles. Incluso si no es evidente, es conveniente proyectar un trabajo de toma de conciencia y de liberación emocional. Si el trabajo de saneamiento interior va aparejado con la limpieza de las raíces que efectúa el dentista, el granuloma se resorbe en los meses siguientes. En caso contrario (caso de Annette), una intervención quirúrgica (*resección apical*) es necesaria.

El quiste (*absceso circunscrito por una membrana*) representa una forma de negación más radical. La persona es experta en el arte de domar sus emociones por la fuerza de la mente. Se ha desarrollado en la imposición, en la obligación vital de ocultar sus reacciones, de ofrecer en la superficie un rostro liso y perfecto. El quiste es por excelencia el problema de la persona que se reprime, se contiene y se controla en exceso: *“antes reventar que dejar que se filtre la menor reacción”*. **Nora** tiene varios quistes voluminosos. Incluso agotada o contrariada, esta mujer de unos cincuenta años no reacciona. Siempre mantiene la misma sonrisa en cualquier circunstancia sin que nunca se queje. Su capacidad para negarse corresponde con los quistes enormes que tiene en las mandíbulas desde hace muchos años. Dotada de una fuerza mental poco común, se mantiene por voluntad, realizando un trabajo agotador de más de doce horas diarias.

## ABSCESOS

El quiste es una reacción extrema: un condensado de negrura que la persona ha almacenado en lo más recóndito de ella, por no poder evacuarlo. Entonces, podemos hacernos la pregunta: ¿es necesario reventar el absceso, que la persona suelte lo que tiene adentro (sabiendo precisamente que eso es lo que no quiere hacer)? O ¿hay que respetar el proceso de defensa y retirar por medio de la cirugía esa “perla oscura” que el cuerpo segregó? Retirar el saco es el trabajo del basurero del cuerpo que retira el cubo de basura que fabricó. En este caso no es necesario un trabajo de introspección profunda (no destapamos el cubo que contiene basuras caseras en el momento de botarlo). La plena conciencia de evacuar un fardo en el momento del acto quirúrgico es suficiente (*insistamos en la “plena conciencia”*).

Cuando la presión de las emociones rechazadas se vuelve demasiado fuerte, el absceso entra en la fase despierta. El volcán latente expulsa su ira: la mejilla se inflama, la muela duele, etc. Las toxinas emocionales exigen ser evacuadas al mismo tiempo que las toxinas físicas (el pus). Es la señal de que la persona ya no puede aguantar más. Necesita desahogarse, liberarse finalmente de las emociones que la envenenan aceptando decirlas o expresarlas de una u otra manera. Un evento determinante ha encendido la pólvora: Así, **Maryse** inicia un absceso en el primer molar inferior de la derecha (*muela de papá*) el día del entierro de su madre. Maryse ve en el fallecimiento el origen de su problema. Sin embargo, la causa es la muela de papá (sector inferior derecho). La localización del absceso indica una fuerte ira acumulada contra el padre adoptivo que no desempeña su papel en el plano afectivo y material. De su infancia, Maryse conserva el recuerdo de un padre jugador empedernido que prefiere frecuentar los cafés y apostar en las carreras el dinero de la casa antes que satisfacer las necesidades materiales de su familia. En el momento del fallecimiento, el padre descuida una vez más apoyar a su hija eludiendo sus deberes materiales. Maryse debe hacer frente sola a las gestiones de arreglar los problemas materiales (entierro, pago del alquiler, de la sucesión, etc.). Ya es demasiado, la evasiva paterna es la gota de agua que desborda el vaso, la ira contenida desde la infancia explota. Identificar el evento que ha despertado la ira escondida permite comprender la causa real del absceso para no poder equivocarse de blanco. Maryse debe ajustar cuentas con el padre, el fallecimiento materno no es más que el detonador. Esto es muy importante ya que la persona que padece de abscesos niega su problema. Al igual que Maryse, tendrá tendencia a trasladarlo al padre, que no es la causa. Por muy penoso que sea, el despertar del absceso es para la persona la ocasión de entrar en contacto con la carga emocional que le cuesta identificar cuando la lesión está dormida. La fase de despertar es de cierta manera el toque final que da la vida para librarse del exceso que se estanca en el subconsciente. Una puerta se abre. El pus\* saliente testimonia la energía que se vuelve a poner en movimiento en un impulso espontáneo de liberación. La persona tiene que aprovechar la ocasión para ir hasta el final del trabajo de saneamiento que se le ofrece. Llantos, gritos o promesas son los medios de

liberarse, en un contexto de terapia de preferencia a un desahogo “salvaje”. Un desahogo así puede resultar peligroso para el entorno y hasta para la propia persona (si se hiere) e ineficaz. El terapeuta puede a la vez acompañar y ayudar a llegar al tope del resentimiento. *“El pus sale por una fistula (canal de drenaje espontáneo). La situación es entonces intermedia entre despertar y sueño. La fistula, que evacua el exceso, evita la explosión dolorosa. La persona está a punto de tomar conciencia del problema, ha pasado del inconsciente al subconsciente. Vacila todavía en hundirse en el pantano emocional que se estanca a sus “pies” (en realidad, bajo su muela).*

## AGENESIA

*“Me falta una muela definitiva que no salió, ¿eso es grave?”*

La ausencia de una muela que no se formó en estado embrionaria se llama agenesia. Este fenómeno no es raro. Afecta al 10% de la población. Aparece tan frecuentemente como los adelantos de la radiología permiten diagnosticarlos de manera más sistemática que antes. La ausencia de formación del germen de una o de varias muelas definitivas en estado embrionario no tiene equivalente en otra parte del cuerpo. Si un pulmón, un riñón, una oreja o incluso una falange faltaran, la cuestión de la gravedad del problema no se plantearía. Pero cuando se trata de una muela, incluso de varias, tenemos tendencia a pensar que eso no tiene importancia. Tanto más cuanto que el diente de leche, que sale antes del diente definitivo no formado, a veces se queda en el lugar varios años y por un tiempo crea una ilusión. ¿Qué sentido dar a la agenesia? La persona está incompleta, le falta la capacidad de expresar y manifestar una faceta de ella misma. La muela que falta corresponde a un aspecto virgen, sin cultivar, donde la persona está programada para comportarse toda su vida como un niño, a menos que lleve un trabajo serio de construcción de sí. Es un campo de sí donde todo está por hacer, por comprender, porque la persona no dispone de referencia, no tiene ningún punto de apoyo. Por ejemplo, la persona que no ha formado su segundo premolar inferior de la izquierda (muela de la afirmación del lado materno) corre el riesgo de debatirse toda su vida en su incapacidad de separarse de la figura materna, a pesar de todos sus esfuerzos por distanciarla. El diente de leche que persiste en la arcada representa al niño que no llega a crecer. Según su naturaleza, la persona permanecerá pegada a la mamá o por el contrario luchará por separarse de ella a todo precio, sin que verdaderamente piense en lograrlo.

La agenesia puede ocultar un traumatismo grave que se formó durante la gestación. Los gérmenes de los dientes definitivos comienzan a esbozarse en los maxilares desde el tercer mes de vida fetal. Un choque emocional que se produce durante el embarazo sella una interdicción en la personalidad en formación del niño. La creencia: “no tengo el derecho o es peligroso expresar tal o más cual campo de mi personalidad” se inscribe en el cuerpo a través del bloqueo de la formación del diente correspondiente. **Philippe** no ha desarrollado los gérmenes de sus muelas del juicio. Su madre trató de abortar. En reacción, Philippe tiene la creencia: “No tengo el derecho de llegar hasta el final de mi desarrollo”. Bloquea la información de las muelas del juicio que representan el término, la conclusión del proceso de crecimiento. Philippe se prohíbe llegar al término de lo que emprende: estudios, proyectos, relaciones, etc. La agenesia de sus muelas del juicio le permite tomar conciencia de lo prohibido latente y reconsiderar sus fracasos de vida a la luz de dicha creencia limitante.

La agenesia también puede ser la huella de una creencia fuerte heredada de un padre. **Gaël**, un hijo único, hereda de su padre competidor, deportista de alto nivel, la creencia de que está prohibido ser el segundo: hay que ser el primero, el único, pues el segundo es el perdedor. La impregnación es mayor pues para el padre de Gaël, es una cuestión de supervivencia: el primero se lleva honores, recompensa y remuneración, mientras que el

segundo está condenado a vegetar. Al no formar los incisivos laterales de arriba (*o segundos incisivos*), el hijo concreta la creencia del padre: “*no hay cabida en mí para el segundo lugar*”. Además de condenarse a ocupar el primer lugar, la agenesia de los incisivos laterales (*dientes de la comunicación*) representa la incapacidad de comunicar con el prójimo. Es una limitación seria que amenaza con arrastrar a Gaël hacia la soledad y un egocentrismo feroz, a menos que sus padres lo ayuden y llegue a hacer de esa limitación un triunfo. En efecto, carecer de una cualidad puede ser una ventaja en ciertas circunstancias. Desprovisto de los dientes que representan la comunicación, Gaël tendrá facilidades para permanecer centrado sin dejarse turbar por otro. Claro, no se convertirá en un buen diplomático, pero se destacará en actividades que exigen un alto grado de concentración. Visto desde ese ángulo, se puede decir que su padre le legó cualidades de competidor. Gaël puede decidir explotarlas por una orientación profesional que las valorice.

Las agenesias múltiples muestran que la persona no está completamente presente en ella misma. Una parte de su conciencia permanece en estado de gestación, como si una parte de ella estuviera aún en el vientre materno. Un traumatismo, vinculado a la vida fetal, ha bloqueado el proceso de alumbramiento. **Louis** tiene siete dientes que no se han formado. Perdió un embrión gemelo al principio del embarazo. Los dientes no formados muestran que una parte de él desapareció con ese jimagua. La ausencia de dichas piezas indica el recuerdo de esa pérdida. Louis guarda muy viva la nostalgia de la vida intrauterina de la que trata de sentir las sensaciones a través del yoga y la relajación profunda que practica con asiduidad.

El momento en que cae el diente de leche es ocasión de una toma de conciencia. La persona está frente a su falta, le es dado reconocerlo y aceptarlo. La caída del diente de leche marca el final de un ciclo de crecimiento. “*Mi tiempo de infancia terminó, estoy listo para pasar a otra cosa*” es el mensaje del diente (de leche) que se cae. Su caída anuncia una muda, marca la transformación interior que se está operando. La caída no tiene lugar al azar, la eliminación del diente de leche marca un largo tiempo de maduración, vivido de manera más o menos consciente. **Solange** pierde su segunda muela de leche superior izquierda (*esfera del padre*) a los cincuenta y un años, después de tres años de psicoterapia que la ayudaron a tomar distancia de la influencia paterna. Solange está en condiciones de reintegrar la cualidad del diente que le falta: el segundo premolar de arriba (*muela del discernimiento*). Está lista para renunciar a su padre ideal y reapropiarse de su libre arbitrio en relación con él. Aún cuando la caída del diente sea tardía, marca una etapa decisiva de crecimiento interior. Ya es hora de remangarse las mangas para manifestar conscientemente la faceta de sí que nunca ha existido. Con este trabajo, que exige tiempo y paciencia, la persona tiene la oportunidad de construir y traer al mundo una faceta de ella misma, pues está libre de toda influencia parental. Por ejemplo, Solange puede aprender a razonar de forma verdaderamente original, liberada de los dogmas familiares y sociales. La primera etapa será para acoger con plena conciencia la prótesis (*puente o implante*) destinada a reemplazar el diente que falta. La persona puede, a la inversa, decidir que acepta su falta y no tratar necesariamente de llenarla (*caso de Gaël*). Utilizada conscientemente, la falta se convierte entonces en un elemento positivo.

#### ATM (Articulación de las mandíbulas)

*Leer también Oclusión, Apretar los dientes, rechinar de dientes, Muelas del juicio*

La articulación de las mandíbulas une la quijada superior (maxilar) con la inferior (mandíbula). La ATM materializa el punto de unión entre cielo y tierra, razón e instinto, cuerpo y espíritu. Concretiza el matrimonio de las polaridades. Articulación más cercana del cráneo, la más alta y más importante, es el punto donde se unen los pares de opuestos para producir el movimiento: movimiento abstracto del pensamiento, movimiento concreto

representado por la propulsión o la marcha. La ATM representa la puesta en acto del potencial individual, la evolución de la conciencia que se despliega sin fin.

El movimiento de apertura corresponde a la expansión de la conciencia, que se expresa y se manifiesta por la acción hablar, caminar, crear, etc. Algunos problemas en la apertura (crujidos, dolores, resalte, etc.) muestran que la persona no se atreve a abrirse, decirse a sí misma o decirle sí a la vida. No se atreve a tomar la palabra, a ocupar su lugar, no se atreve a recibir las recompensas o las retribuciones que le corresponden.

El movimiento de cierre corresponde al distanciamiento, al retiro necesario para la interiorización. Después de haberme expresado, tengo necesidad de volver a ser yo, de volver a ser centro. Necesito hacer silencio, recogerme para digerir y almacenar mis experiencias. La persona que padece de problemas en el cierre (como *en la apertura: crujidos, dolores, resaltes, etc.*), no se atreve a volver a ser ella, a dar marcha atrás para protegerse. Cree que debe decir siempre sí a los pedidos de otros. La culpabilidad impide que se cierre para reencontrarse.

Estrechamente vinculada a la oclusión o engranaje dental del que es complementaria, la articulación de las mandíbulas sufre todo defecto de encaje de las muelas. Un problema de oclusión como de ATM manifiesta el desalineamiento de la personalidad que pierde su congruencia, su cohesión, su unidad. La cabeza quiere ir por un lado y el cuerpo por el otro. La persona actúa y toma decisiones en desacuerdo con su verdad y sus aspiraciones profundas. Al extremo, la luxación de la articulación traduce la dislocación de la personalidad, que se debate entre deseos contradictorios. Bisagra entre la cabeza y el cuerpo, la ATM recibe el contragolpe de los giros mal negociados de la vida. Como el articulado dental (u oclusión) la articulación de las mandíbulas materializa la relación a sí. Una articulación bloqueada testimonia falta de alineación consigo mismo. La persona no se escucha, no se oye, a veces en el sentido literal del término en caso de acúfenos (*ruidos parasitarios por la compresión de la oreja por la articulación*).

La zona de la ATM está estrechamente vinculada a las muelas del juicio. Estas representan el reservorio de fuerza personal, o potencial evolutivo, puesto en movimiento y utilizado a nivel de la ATM. De esta forma, toda extracción intempestiva de las muelas del juicio tiene una repercusión potencialmente nociva en la articulación de las mandíbulas. Lejos de ser anodino, el momento de la extracción se enmarca en resonancia con las decisiones inconscientes. En un momento decisivo de su vida, *Sophie* vacila entre instalarse por su cuenta y permanecer como asalariada de la empresa que la emplea hace veinte años. La decisión es difícil. Sophie ya no se siente en su lugar en el puesto rutinario que ocupa. Desea hacerse terapeuta, está pasando un curso pero duda que logre crear una actividad liberal y vivir de ella. Hace cuatro años que se está preparando, soporta su trabajo carente de interés con la esperanza de poder instalarse al terminar sus estudios. El momento crucial llega. Para Sophie se presenta la oportunidad de montar un gabinete. Todo en ella la incita a hacerlo. Incluso sus muelas del juicio hasta ese momento *enterradas*, comienzan a “pujar”, emitiendo impulsos a sus mandíbulas. En el último momento, Sophie renuncia a dar el paso. No confía en sus recursos personales (*los cordales*) que tratan de manifestarse.

A regañadientes, decide quedarse como asalariada y se saca sus cordales. Desdichadamente para Sophie, la intervención resulta larga y penosa. Al afincarse en la mandíbula inferior para extraerle las muelas recalcitrantes, el cirujano lesiona involuntariamente la articulación. Desde entonces, Sophie sufre una luxación crónica. Ya no se atreve ni a masticar ni a bostezar por miedo a que su mandíbula se desenganche o se trabe. La afectación de la articulación traduce su decisión de renunciar a sus ideales para quedarse en

un sistema en profundo desacuerdo con sus aspiraciones reales. La articulación de las mandíbulas sufre la falta de acción. Es rehén de la falta de libertad interior de la persona que, como Sophie, se condena al encierro. En guerra contra sí misma, la persona cuyos dientes rechinan maltrata sus articulaciones de las mandíbulas. Se cohibe de actuar o cae en rumias mentales, o hasta se impacienta, quisiera haber terminado incluso antes de comenzar. En todos los casos, la articulación que se bloquea es reflejo del pensamiento o de la acción bloqueada. Peor es sin dudas para la articulación, que por esencia es movimiento, la crispación estática de las mandíbulas traduce la ausencia de evolución de la personalidad estancada en la incapacidad de avanzar o de retroceder. La ausencia de movimiento marca la muerte del cuerpo y del espíritu.

La lesión de la articulación de las mandíbulas envía un mensaje crucial. La persona que padece de eso puede preguntarse “¿desde cuándo dejé de evolucionar, de progresar? ¿Desde cuándo estoy en una dirección que no me corresponde? ¿A cuándo se remonta mi verdadera última decisión personal?”

La mandíbula se desengancha en el momento de la muerte. ¿Se debe concluir que el que padece de desenganches episódicos de la mandíbula es un muerto en remisión? En todo caso, la señal es una invitación expresa a hacerse la pregunta, so pena de transformarse en zombi, de convertirse en un auténtico extranjero en sí mismo.

De origen nervioso, la ATM, que se estructura progresivamente entre cero y seis años, es un marcador privilegiado de este período. La articulación cristaliza el estrés, el miedo y el llanto del niño que aprieta los dientes para tragarse sus sollozos. El estrés que se engrana durante la formación de la articulación forma el lecho de las patologías del adulto. Estaríamos en un error si pensáramos que los problemas de mandíbulas sólo afectan a los adultos. Los niños, los jóvenes et incluso los muy jóvenes no están exentos. Intellectualizado precozmente, el niño cuya articulación craquea está atiborrado de conocimientos. Obligado a convertirse en un “guía”, se hunde bajo el peso de las “tareas” y de las expectativas de los padres: “*hay que trabajar en la escuela, triunfar, etc.*”.

## **BLANCURA**

Belleza, Blancura, Blanqueo

Lea también Coloración

¿Lo sabía usted? El diente es un cristal

El esmalte que recubre el diente con un caparazón blanco es una estructura extraordinaria, constituida por el apilamiento de cristales de forma hexagonal, de igual forma que los cristales de cuarzo que algunos coleccionan o emplean en meditación. El apilamiento de los cristales es preciso al punto de dibujar líneas paralelas en el espesor del esmalte. Geometría perfecta, permite la refracción de la luz y da al esmalte su brillantez, su translucidez, en cierto modo su “*oriente!*” Las células capaces de segregar estas maravillas sólo existen durante la fase de formación del diente. Una vez que este sale, el tejido que ha producido el esmalte desaparece para siempre. Privado de su órgano formador, el esmalte no puede regenerarse. Excepto en algunos casos de desmineralización superficial, toda afectación es desdichadamente irreversible.

Como el cristal, el esmalte es luz solidificada. ¿No es nuestra luz interior la que irradia a través de nuestros dientes, el brillo de nuestra alma que dejamos ver a los otros cuando sonreímos, nuestra esencia más sutil que impregna nuestros alimentos como las palabras que salen de nuestra boca? Es un regalo de la naturaleza, un don que es importante preservar.

Ahora bien, ese esmalte, desdichadamente lo maltratamos con bebidas ácidas ingeridas cotidianamente (refrescos, vino) que contribuyen a disolver los preciosos cristales, con productos agresivos (dentífricos, gelatinas, polvos y otros) empleados para decapar los dientes. Lo que está de moda es el diente blanco, más blanco que blanco. Pero, lo ultra blanco causa estragos. Cuando le pedimos al dentista que blanquee nuestros dientes, él utiliza una solución concentrada de agua oxigenada, muy corrosiva. La búsqueda de blancura inflige a los dientes un daño irreparable. Los productos utilizados actúan como un poderoso solvente que acrecienta la porosidad del esmalte. La solución decapante crea microfallas que abren la vía a nuevas coloraciones. Mientras más blanquea, más fragiliza el esmalte que coge color mucho más fácilmente. Hay que decapar cada vez más fuerte y con más frecuencia. ¿Hasta dónde podemos llegar? El espesor de esmalte no es infinito y el tejido cristalino no se regenera.

La seducción de los dientes blancos no es algo reciente. Los Romanos recurrían a múltiples pociones para dar más brillo a sus dientes (rosas machacadas, mirra, orina...). Actualmente, eso se ha convertido en un verdadero fenómeno de sociedad. Además de la belleza, la juventud, la seducción, una sonrisa brillante es sinónimo de éxito social. ¿Qué tratamos de blanquear en nosotros con esa obsesión furibunda? ¿Nuestros defectos, nuestra humanidad, nuestra individualidad? El derecho de ser plenamente uno, con sus particularidades, sus manías, su originalidad? ¿Qué es esa forma de “racismo dental” que nos lleva a rechazar los dientes que no sean blancos? A pesar de los medios y la publicidad, un diente decapado hasta quedar pálido como la tiza no es bello. Los dientes lívidos perfectamente alineados que muestran ciertas estrellas, estilo porcelana de baño, no tienen nada de seductores. Sonrisa artificial, fachada sin alma en un rostro estirado: ¿es ese el ideal de belleza del siglo XX?

La búsqueda de blancura a ultranza oculta el rechazo para sí mismo. La búsqueda se transforma a veces en obsesión. *Clarisse*, veinticinco años, nos cuenta: “Salía de una relación que no funcionó. Me sentía muy mal, repulsiva, impura. Tenía la impresión de que mis dientes se habían puesto amarillos. Mis amigas me decían que eso estaba en mi cabeza pero yo no quería oír nada. Me encapriché en blanquearlos. Empecé con agua oxigenada y bicarbonato sódico. Como no era suficiente, me hice un blanqueo. Tuve tres tintes pero ¡todavía no era suficiente! Me hice otro sin respetar el intervalo de seis meses que me recomendaba el dentista. Después del tercer blanqueo mis dientes estaban más claros pero habían perdido su brillo. Y sobre todo estaban hipersensibles. Imposible de tomar agua fresca, de morder una fruta e inclusive de respirar por la boca sin sentir dolores fuertes. El último dentista consultado me advirtió que mi esmalte se había puesto muy poroso para que se pudiera volver trabajar.

Que sea blanca, amarilla o gris, la belleza de un diente no está en su tinte sino en su brillo, el brillo incomparable del esmalte natural sano, intacto, que no igualarán jamás ni las cerámicas más logradas. Piénselo antes de atacar su esmalte como un piso recalitrante o de recubrirlo por medio de costosas simulaciones. Esa es vuestra luz, vuestra belleza. Un regalo de la naturaleza que ninguna tecnología existente es capaz de reproducir.

## **PUENTE**

El puente es un dispositivo destinado a reemplazar a uno o a varios dientes faltantes. Se fija en los dientes vecinos. Esa es a la vez su ventaja y su inconveniente.

La persona que opta por un puente está privilegiando la seguridad en detrimento de la libertad. Para poner un diente, el puente exige por lo menos la inmovilización de tres elementos (*el diente ausente y los dos dientes soportes*). La persona gana en estabilidad lo que pierde en movimiento. Inevitablemente, el puente inmoviliza facetas de sí hechas para funcionar de manera independiente. “*El puente frena el yo*”, dice una paciente adepta de Lacan. Mientras el puente es más extendido, más la persona sacrifica sus capacidades de flexibilidad y de adaptación en detrimento de una rigidez, y hasta de un anquilosamiento físico y mental. El puente es una dificultad, una especie de prisión dorada que da la ilusión de tener sus verdaderos dientes. Algunas personas, de naturaleza estática, se acomodan a ello aparentemente bien. Otras, amantes de movimiento y de libertad, lo sufren, hasta el punto a veces de no soportar la inmovilidad impuesta por el puente. La inmovilización forzada repercute en los huesos o cráneo cuyo micromovimiento natural paraliza. Las personas más sensibles sienten tensiones, dolores de cabeza o padecen de insomnios. Después de haberse mandado a hacer un magnífico puente en todos sus dientes de arriba, **Catherine** tiene la sensación de tener la cabeza debajo de un casco. La colocación del puente la alivia casi de inmediato.

El puente materializa vínculos, traduce los compromisos afectivos o materiales que se tejen sin que nos percatemos, de lo cual tomamos conciencia por ese medio. Es instructivo estar atento a los acontecimientos que coinciden con la realización del puente. **Sabine** ya no confía en su pareja desde hace mucho tiempo. El segundo molar de abajo a la derecha (*muela de la unión por el lado de papá*), que en una mujer representa a la pareja, se ha deteriorado lentamente, a semejanza de su matrimonio. La muela se parte en el momento en que, cansada de no poder contar con su marido en el plano afectivo, Sabine toma la decisión de divorciarse. La muela debe ser extraída. La reemplaza por un puente que toma apoyo en la muela del juicio y el primer molar (*muela de papá*). El puente materializa la dependencia de Sabine respecto de su matrimonio. Sabine, que no trabaja teme una baja en su tren de vida. La pareja posee en común una casa que ella no quiere perder. Atada por lazos materiales, renuncia a su proyecto. El puente que se apoya en la muela del juicio traduce el cerrojo puesto a la autonomía. Sabine escoge la seguridad material en detrimento de la libertad personal. La encía que se inflama bajo el puente y los dolores persistentes muestran que Sabine se debate en la trampa creada por su apego a un nivel de vida, muestran que ella se ahoga bajo el yugo que se impone para salvaguardar su seguridad material.

El puente materializa un vínculo que tuvo un sentido o pudo tener su razón de ser en el momento de su colocación porque fortalece a la persona o la asegura. Con el tiempo, el envejecimiento del puente traduce la degradación del vínculo o su carácter cada vez más encerrador. Un buen día, el puente puede manifestarse insoportable. Se parte, reflejo de la ruptura que la persona necesita operar con su pasado, una relación, hábitos, etc. O bien, una inflamación, una molestia, se manifiestan dolores, traduciendo la necesidad de rechazar la sujeción que representa el puente.

El puente que hace sufrir o causa problema materializa una dificultad intolerable. Hacer un puente puede resultar una solución que procure un alivio, sobre todo si el acto se acompaña de la conciencia de liberarse de una relación o de una situación alienante. Desde hace mucho, **Pascal** se siente resentido con su madre. Esta dirige su vida y lo mantiene bajo el yugo de su autoridad rígida. Como buen hijo, Pascal se adapta malo que bueno al precio de un absceso bajo el segundo premolar de arriba a la derecha (*muela del discernimiento por el lado materno*), signo de una profunda ira y de una

rebelión imposible de expresar respecto de la madre. El día en que Pascal, por enésima vez, se traga las palabras que hubiera querido decirle a su madre, el absceso despierta y después de la infección, la muela debe ser sacada. En su lugar, se coloca un puente de cerámica. Aunque el mismo fue realizado con cuidado, Pascal no lo soporta. De su mandíbula irradian noche y día violentas neuralgias acompañadas de dolores de cabeza, la masticación de ese lado es imposible. El puente, que se apoya en los primeros premolares (*muela de la audacia*) y el molar (*muela de la madre*), materializa el yugo materno, traduce el encierro de un buen hijo privado de libertad (*muela de la audacia inmovilizada*), atado en su papel de niño amoroso y sumiso. La reacción violenta de Pascal muestra que ya llegó al límite tolerable. El puente (apoyado en la muela de la madre) lo inmoviliza en su obediencia a su madre, mientras que una parte de él aspira a liberarse. Termina admitiendo que el puente, por muy bien realizado que está, no le conviene. Se lo quita con el estado de ánimo de un prisionero que acepta que le quiten las cadenas. A través del acto simbólico, Pascal sale del esquema de esclavitud que lo une a su madre. Se atreve a decirle no, se libera y toma el control de su vida.

## COLMILLO

### *Muela de los orígenes y de la voluntad*

El colmillo (canino) es el diente del carnívoro. Representa al predador en sí. El diente más arcaico, testigo de nuestra herencia animal, el colmillo atrapa, posee y retiene su presa. El animal (*tigre, mono, etc.*) lo usa como una pinza. El hombre primitivo lo usaba como una tercera mano. En cuanto al vampiro, sus colmillos le sirven para tomar la vida de otro y más aún su sustancia, su esencia (*a través de la sangre que aspira*). Afilado como una flecha, el colmillo es un arma temible, a la medida del desafío que representa: comer, defender su vida y su territorio. Sólo hay un colmillo por mitad de arcada. Esto no es fortuito. Aquí, el individuo está solo, no hay lugar par el otro, al que la prioridad acordada a la supervivencia dice que lo elimine. No hay cuartel, ni piedad, hay que ser el más fuerte pues sólo habrá un sobreviviente. El colmillo representa la fuerza bruta que incita a apoderarse del territorio y de la vida del prójimo, no por crueldad o maldad, sino por una cuestión de supervivencia. El colmillo representa la imperiosa necesidad de ser el primero y el mejor, en un mundo regido por la ley del más fuerte.

El colmillo representa la posesión, el dominio, la fuerza que da el poder sobre sí y sobre el prójimo. La persona que tiene problemas con sus colmillos se debate en una problemática dominante-dominado. No haber formado sus colmillos (agenesia), es llevar en lo más profundo de sí la prohibición de manifestar su fuerza. La supervivencia depende entonces de la más total sumisión: *“para ser aceptado, tengo que abdicar todo poder”*. Usar sus colmillos muy afilados es tratar de dar el cambio haciéndose pasar por el cordero que uno no es. Arruinarlos o descarnarlos es expresar su impotencia o su angustia frente a la imposibilidad de defenderse: *“en esta situación, debería ‘matar’ pero me niego (carie) o no puedo (descarnamiento)”*. A la inversa, arbolarse una sonrisa carnívora con colmillos prominentes, es hacer alarde de sus armas para mostrar hasta qué punto uno es fuerte. Es una estrategia de intimidación: *“no te me acerques porque te como”*. Sin embargo, la persona es más impresionante que realmente peligrosa. En un mundo de rivalidad y competencia feroz donde hay que batallar para hacerse su lugar en el sol, el colmillo es un arma apreciable. Mientras que la selva moderna vea emerger de nuevo la ley del más fuerte, los caninos de los adolescentes saldrán cual colmillos “draculescos” de las mandíbulas demasiado estrechas para contenerlos. ¿Es esto casual?

El niño al que le nacen los colmillos de leche antes que los otros dientes está expresando la necesidad inconsciente y prioritaria de defenderse. ¿A qué agresión, sentida o realmente vivida, en el vientre materno o precozmente, está tratando de responder?

### **COLMILLO SUPERIOR O MUELA DE LA VOLUNTAD**

El colmillo superior representa la fuerza moral canalizada y focalizada en el objetivo a alcanzar. Manifiesta la potencia personal. La muela da tenacidad y constancia para realizarse. Permite resistir a los padres, al padre (muela izquierda), a la madre (muela derecha). La *muela de la voluntad* representa la potencia que permite convencer, imponerse por su liderazgo y su fuerza interior. Apodada la "*muela del ojo*" por su raíz muy larga, esta pieza representa la visión a largo plazo. Permite proyectarse en el futuro para anticipar y prever. Es la muela del gestor hábil dotado de un sólido sentido de las realidades y que sabe hacer fructificar su capital a largo plazo. Es la muela del trabajador laborioso que abre su surco sin jamás cansarse para imprimir su marca y legar una huella a la posteridad. Con el colmillo superior, la flecha guerrera se convierte en la aguja de la brújula interior que indica la dirección a seguir. Da el sentido, su punta concentra la fuerza como un láser al que ningún obstáculo resiste.

Es la muela del poder. Tener fuertes colmillos es signo de ambición a veces desmesurada entre aquellos que tienen "los dientes largos" ¿Los grandes hombres políticos están dotados de fuertes colmillos? Podemos suponerlo. Los colmillos de arriba cristalizan los apetitos del ego: sed de poder, de riquezas, etc. En Bali, es costumbre limarlos pues se consideran como símbolos de pulsiones y de comportamientos primitivos (agresividad, pulsiones sexuales, avidez, etc.). El limado de los colmillos es un rito de paso destinado a purificar la personalidad de sus tendencias negativas.

Tiene lugar en momentos clave de la vida, antes del matrimonio entre los hombres jóvenes, después de las primeras menstruaciones entre las jovencitas. Es, de cierta manera, un exorcismo de las tendencias animales en sí, que es objeto de una ceremonia especial. Por razones que no tienen nada de espiritual, ciertas personalidades conocidas del mundo político y de los espectáculos se hacen reducir los colmillos. En nuestra sociedad centrada en la imagen, es necesario evitar mostrar sus "apetitos" de manera demasiado ostentosamente.

El colmillo superior plantea problema cuando la persona se niega a asumir la dirección de su vida o es incapaz de hacerlo por estar sometida a la voluntad del padre o de otro (*caso de Jean, página 54, Carmen página 95, Mariette página 163, Bastien página 153*).

### **COLMILLO INFERIOR O MUELA DE LOS ORIGENES**

El colmillo inferior representa la fuerza vital puesta al servicio de la defensa del territorio físico y de la procreación. Es portador de la herencia del linaje hereditario, materno (muela izquierda), paterna (muela derecha). Raramente afectada por la carie, la *muela e los orígenes* puede serlo en caso de rechazo de la herencia ancestral o en caso de acontecimientos traumatizantes asociados a la procreación (aborto natural, interrupción de embarazo, violaciones, etc.), ocurridos en la vida de la persona o en el linaje. *Marie-Laure* sufre de un acceso en el colmillo de abajo, a la izquierda en el momento en que después de una larga estancia en el extranjero, regresa a vivir a la casa familiar donde nació. El episodio sucede entonces cuando se le presenta a Marie-Laure

la cuestión de una maternidad. La infección en el colmillo de abajo es una respuesta vehemente y categórica del inconsciente: *“hay algo viciado en el linaje de mi madre que yo no quiero transmitir”*. Después de la investigación, Marie-Laure descubre que por línea materna hay una larga tradición de mujeres que abortan. Entonces comprende por qué siempre se ha negado oscuramente a tener hijos.

## CARIE

Clasificada como el tercer azote mundial por la OMS, después de las enfermedades cardiovasculares y el cáncer, la carie ocupa el primer lugar de los problemas dentales. Banal entre todas, la enfermedad de la carie no es menos reveladora de nuestra vivencia. Contrariamente a la creencia expandida, el azúcar no es la única responsable de las caries. En estado normal, la muela está dotada de una especie de escudo protector que la preserva a través de la saliva. Algunas experiencias científicas muestran que un estrés nervioso prolongado anula la inmunidad natural de la muela. Esta deviene entonces vulnerable a los ácidos que producen las bacterias a partir del azúcar.

En los animales como en el hombre, numerosos estudios confirman que los sujetos estresados desarrollan más caries que los otros. En la historia de la humanidad, las primeras caries aparecen con la sedentarización. Hace alrededor de seis mil años. De cazador-colector, el hombre se convierte en agricultor. Su alimentación cambia, los cereales cultivados aportan una parte creciente de azúcar. Al mismo tiempo, el modo de vida se transforma. Al civilizarse, el hombre renuncia al nomadismo y vive de una manera cada vez más confinada. Mucho más que del azúcar, las caries serían consecuencia de directa de la falta de libertad. Además, la sedentarización genera tensiones y conflictos de territorio. Las caries aparecen al mismo tiempo que las primeras guerras tribales. No es un hecho fortuito. Los estrés sociales o psicológicos son una causa principal de ocurrencia de las caries. Según estudios realizados, los sujetos más expuestos son de tipo introvertido con tendencias neuróticas. Una actitud de cierre, de rigidez interior y la imposibilidad de poner palabras a su vivencia (dicho de otra forma, la ausencia de verbalización) favorecen las caries.

La carie traduce la negativa de expresar una parte de sí, un don o una capacidad, en reacción a un acontecimiento que estresa y que marca. La muela afectada indica qué faceta de sí es negada. Por ejemplo, Jean, representante dinámico, desarrolla caries en sus colmillos superiores (*muelas de la voluntad*) algunos meses después de haber perdido su trabajo. La afectación muestra que Jean se siente privado de objetivo y de voluntad después de su licenciamiento. Al no saber ya dónde ir, ahora rechaza tomar en sus manos la dirección de su vida. *“He perdido el poder de dirigir mi vida, ya no quiero hacer proyectos pues no tengo futuro”*. Las caries son para Jean signo de dejadez e indiferencia. Si prestara atención a su mensaje, comprendería que ya es hora de recuperar la confianza en el futuro y el gusto de hacer proyectos.

**Liliane**, veinticinco años, desarrolla caries en sus cordales el año en que deja la casa familiar para alquilar un apartamento en una ciudad vecina. *“Me niego a independizarme y asumirme, no me siento capaz de vivir sola”*, dicen las caries que roen las muelas del juicio.

De apariencia anodina, la carie oculta un pequeño drama: *“Me niego a morder, a defenderme, a manifestarme por la palabra, pero también a soltarme en la vida”*.

La carie traduce el deseo inconsciente de disolverse y de desaparecer. En el niño, expresa el deseo de abolir la barrera que lo separa de mamá, para encontrar el estado de fusión ligado a los primeros meses de vida. Así, *Magali*, cuatro años, desarrolla caries en los meses que siguen al nacimiento de su hermanito: la niña expresa a su manera el miedo de ser abandonada y de perder el amor de su mamá. Es un signo de regresión mayor a tomar en serio. (*Leer dientes de leche*).

La carie tiene el triste privilegio de ser capaz de destruir el tejido más duro de todo el cuerpo: el esmalte. Traduce el deseo inconsciente de desaparecer para ir al más allá, un mundo desencarnado o virtual. Se niega a morder la vida con todos sus dientes, se niega a alimentarse en todos los planos, rechaza alimentos terrestres, las golosinas, la sensualidad, los placeres, etc. Las caries proliferan en cuanto la persona rechaza la carne. Muchas veces las caries múltiples y profundas acompañan un contexto de depresión. La persona rechaza su piel y las obligaciones ligadas a la materia: "*No quiero existir, lo cotidiano me pesa*". Siente el deseo de soltar las amarras, terminar con una vida tan resentida como confinante, quisiera "*despegar*", para unirse a un mundo donde la vida sería más ligera y más fácil. La aparición de caries múltiples es signo de que la persona "*planea*", a falta de lastre, de densidad, pierde el sentido de las realidades. Esas caries, profundas e invasivas, que se desarrollan rápido, llegan en momentos en los que ya no se quiere vivir. Es frecuente que coincidan con una enfermedad grave. Estar roído por una carie, por un cáncer u otra enfermedad corresponde a la misma problemática que el cuerpo traduce a niveles diferentes (lea *Órganos-vínculos con los dientes*). Las caries se producen a veces en períodos en los que la persona descuida su cuerpo porque sus preocupaciones están en otra parte, por ejemplo entre los estudiantes estresados por sus exámenes que se agotan intelectualmente en detrimento de la higiene de vida más elemental. La carie indica concretamente el "*no*" que le decimos a la vida.

Es una pequeña muerte y a la vez una invitación apremiante a regresar al aquí y ahora. Las caries traducen el estado de vacío interior que habita en la persona. Analizada en particular, cada carie traduce una falta precisa: material y afectivo (muelas inferiores), educativo (dientes superiores). Las carencias de todo tipo, fisiológicas (minerales, vitaminas) pero también psicoafectivas (presencia, atención) forman parte de nuestros dientes. Por su distribución, las caries se muestran allí donde somos débiles, allí donde nuestra construcción es porosa, frágil o desmenuzable porque cuando niños no recibimos el alimento (en sentido amplio) que necesitábamos. Por ejemplo, una carie en un primer molar inferior izquierdo (*diente de mamá*) dice: "*Me faltó apoyo materno*", una carie en un incisivo central superior izquierdo (*diente de la radiación*) dice: "*Me faltó la mirada benevolente de un padre para construirme*".

La carie que roe nuestros dientes es una forma de autodestrucción inconsciente. Traduce la negación a sentir un sufrimiento del pasado inscrito en el diente. El diente, estructura cristalina dotada de memoria, engrana los acontecimientos que nos afectan. Los estrés, traumas, duelos y otros choques emocionales dejan sus marcas en nuestros dientes. La carie tiene por finalidad evacuar la información nociva vinculada a la vivencia dolorosa. Es la solución perfecta que encuentra el inconsciente cuando la persona no puede asumir esa eliminación por medio de un trabajo consciente de liberación emocional (psicoterapia u otro). A través de la carie, proceso de disolución, el cuerpo digiere la información negativa fuente de perturbación. Las caries traducen los estrés de los que, paradójicamente, tratan de aliviarnos. En sus años de infancia,

**Quentin** sufrió la autoridad caótica de un padre alcohólico cuya actitud oscilaba entre accesos de violencia y el más total laxismo. Durante toda su vida, Quentin tratará de eliminar inconscientemente la huella dejada por ese padre traumatizante. Sin comprender por qué, su primera muela superior izquierda (*muela del padre*) se le pica a pesar de los cuidados. Al mismo tiempo, las muelas vecinas permanecen sanas. Bajo una apariencia banal, la carie que aparece pregunta: “¿*Qué emoción relacionada con mi pasado necesito liberar ahora?*”. La carie que afecta a una muela en un momento preciso muestra en qué campo se necesita, que se opere la liberación. Su aparición advierte que ya es tiempo de hacerlo, el momento es favorable, la carga emocional está lista para ser evacuada o digerida. La carie firma la urgente necesidad de liberar el sufrimiento inscrito en la estructura de su muela. La toma de conciencia que acompaña al cuidado dental evita la continuación inexorable del proceso de autodestrucción. Si la emoción no se actualiza, el cuerpo prosigue a su manera el trabajo de alivio y el deterioro continuo a pesar de los cuidados.

Las caries afectan a las personas emocionalmente frágiles que se destruyen sin atreverse a hablar o a expresar lo que tienen en el corazón (*una aflicción*), que prefieren destruirse antes que abrirse. Tragarse sus emociones, sus reacciones o sus palabras es allanarle el terreno a la carie. Las palabras no expresadas cristalizan en dolores de muelas. Entre los niños, las caries de los dientes de leche expresan los **no-dicho** de los padres. En cuanto a los adolescentes, sus caries -por lo general numerosas en este período-, denuncian un malestar que de otra forma no puede oírse.

¿Las personas que desarrollan más caries que otras tendrían más sufrimientos que expresar? Seguro. Las personas propensas a las caries tienen una necesidad creciente de decir, de verbalizar. Pero, cuidémonos de concluir que existe un vínculo matemático entre la cantidad de sufrimientos engranados y la tasa de caries. Cada uno posee su propio umbral de sensibilidad. Una persona es capaz de guardar mucho tiempo su sufrimiento antes de llegar a expresarlo mediante la carie. Otra, de naturaleza más sensible, alcanza mucho más rápidamente el umbral de saturación donde es imperativo liberarse.

La carie, enfermedad psicosomática por excelencia, refleja nuestros estados anímicos y nuestras dificultades existenciales. Marca nuestras inconveniencias y fallas. Aceptemos reconocerlas para no sufrir nuestras caries sino para hacer de ellas una herramienta de evolución. Y sobre todo, tomemos el tiempo de comprender el mensaje que nos dirigen las de nuestros hijos para liberar de ese azote a las generaciones futuras. Construyamos un futuro diferente sobre nuestros sufrimientos. (*lea Dientes de leche*).

## **CORONA**

Muchas personas piensan que una corona es la solución a todos sus problemas y que una vez recubiertos, sus dientes estarán definitivamente protegidos. Desdichadamente, una corona no es una garantía contra todo riesgo. Si no hay una toma de conciencia del problema que origina la colocación de la corona (carie, fractura u otro), se corre el peligro de que se reproduzca de la misma manera.

Poner una corona es como sellar una plancha hermética con la esperanza secreta de enterrar definitivamente un problema. El sufrimiento asociado a la muela se encuentra

así oculto bajo una capa de metal o de cerámica. Desdichada o felizmente, la muela que uno trata de amordazar dispone de otros medios de expresarse. Las desventuras que llegan a nuestras coronas dan fe de ello. A *Danièle* se le parte un incisivo inferior izquierdo (diente de la relación por línea materna) el día en que entierran a su madre. Durante la ceremonia fúnebre y el acto que le sigue, ella hace un esfuerzo por dar una buena imagen ante los invitados, “*como si se tratara de una recepción mundana*”, según sus propias palabras. Danièle no derrama ni una lágrima ni deja escapar un suspiro. En los días siguientes, a la muela que representa el vínculo afectivo con la madre, le ponen una corona. De hecho, esta coronación es un entierro. Danièle oculta su dolor, trata de blindarse frente a su pena que espera borrar de esa manera. Sus sentimientos son demasiado fuertes para ser negados. Apenas sellada, la corona presenta un problema. Quedó demasiado bombeada. “*Mi lengua se queda todo el tiempo sobre ella*”, explica Danièle que no logra olvidar la molesta corona. La corona, demasiado grande, comprime la encía que se inflama e impide todo apoyo de ese lado. ¿Cuánto tiempo podrá Danièle negar las señales que emanan de su muela? Si logra tolerar la molestia bastante tiempo, quizás desaparezca. El problema terminará por resurgir bajo una forma más severa, por ejemplo descarnamiento o fractura de la raíz. Muy a menudo, la corona es la envoltura seductora que oculta el desastre afectivo o asfixia las turbulencias emocionales. Son a veces nuestros deseos, nuestras necesidades o también nuestras aspiraciones o nuestros sueños los que enterramos bajo una corona. *Christian* recuerda que se puso una corona en la segunda muela superior derecha (*muela de la transgresión*) al año siguiente de haber asumido un puesto de responsabilidad en una gran firma farmacéutica. “*Yo, que nunca tenía dinero, estaba contentísimo de poder ponerme al fin una corona*”, nos explica, “*Yo encargué una de cerámica pero el dentista, invocando la falta de espacio, me puso una corona de plata. Durante mucho tiempo sentí en mi boca una gran masa lisa y fría a la que me costó mucho acostumbrarme*”. La segunda muela de arriba, más allá de la transgresión, representa también la carrera, la posición social. La corona concretiza la decisión de Christian de asentarse en un trabajo remunerador. El metal, impuesto a Christian, muestra que la decisión fue impuesta por la razón (hay que preparar el retiro), es la decisión del dinero y no la de la pasión. Christian entierra sus sueños de viajes, renuncia a la vida nómada que llevaba hasta entonces para asentarse en un puesto que la corona de metal muestra que en realidad es una prisión. El lado derecho, vinculado a la madre, muestra que Christian, por esa decisión profesional, sigue siendo fiel a su madre cuyos principios no osa transgredir (primeramente la seguridad). Cuando la corona hace las veces de caja de aflicciones o de caja de lamentos, su colocación equivale a un entierro de primera clase. La caja puede con el tiempo convertirse en explosiva: a fuerza de almacenar en ella sus emociones, un absceso termina por desarrollarse en la extremidad de la raíz. Si la faceta de la personalidad que se supone estar restaurada no puede ser recibida, acogida en el círculo de la familia interior, la corona no puede encontrar su lugar en la arcada. Queda como una muleta mal ajustada, la eterna intrusa que no puede integrarse pues es muy grande, demasiado ancha, demasiado baja, etc. Si la competencia del dentista y la calidad de su trabajo entran en juego, la integración de la corona depende del lugar que la persona esté dispuesta a darle en el interior de ella misma. Los numerosos riesgos que complican a veces la colocación de una corona lo testimonian. Una corona demasiado apretada indica el campo de su vida donde la persona, en un espacio demasiado reducido, no accede al pleno desarrollo. Una corona demasiado baja testimonia una falta de confianza en la cualidad correspondiente. Una corona demasiado alta traduce la necesidad de compensar ampliamente la falta o el problema que origina la ruina de la muela. Para que quede bien, la colocación debe

coronar los reencuentros consigo mismo. La corona que molesta, se parte o se despegue en cuanto la colocan, muestra que la persona continúa debatiéndose en el proceso de rechazo que es causa de la destrucción de la muela. De nada vale encapricharse. Es mejor tomar un poco de tiempo para hacerse la pregunta: *¿Qué es lo que me niego a restaurar en mi interior? ¿Qué faceta de mi personalidad no puedo aceptar?*

La odontostomatología cosmética ha progresado mucho en los últimos años. Materiales revolucionarios tales como la cerámica y las últimas generaciones de compuestos permiten reconstruir enteramente una sonrisa. El procedimiento parece milagroso: se enderezan los dientes mal alineados, se rellenan las brechas, se cierran los espacios poco agraciados, se camuflan las coloraciones inestéticas bajo coronas de forma perfecta y blancura brillante. Uno se *“rehace la fachada”* aunque tenga que sacrificar algunas piezas sanas por necesidades de la operación. El *“lifting dental”* mejora la apariencia pero no soluciona nada. El problema de imagen que se manifiesta a través de la muela mal implantada o del color no agradable y que la persona focaliza a veces de manera exagerada, corre el riesgo de transparentarse a pesar de la corona. *Élise* se queja de dientes que se solapan, causa de un complejo que, dice ella, echó a perder su adolescencia al impedir que se sintiera seductora. Desde que tuvo los medios financieros, decidió desvitalizar los dientes superiores para ponerse coronas con el objetivo de tener una alineación más estética. Desdichadamente, después de la desvitalización, el incisivo central izquierdo (*diente del brillo*), que representa el hecho de sentirse bella en la mirada del padre, sigue doliendo, mostrando que el sufrimiento de no sentirse reconocida por el hombre como mujer seductora está siempre presente. Además de los dolores difundidos, una retracción de la encía deja rápidamente aparecer un ribete negro inestético en el cuello de la muela. *“Vea cuánto estoy sufriendo por sentirme tan fea y poco deseable”*, grita la muela que traiciona el complejo no resuelto de *Élise*. Realizada sin conciencia, ni amor verdadero por sí misma, la corona puesta en una muela delantera no es más que una fachada destinada a fortalecer su imagen frente a los otros. La persona se curte, se refugia detrás una pantalla para no sentir más las burlas o la vergüenza ligadas a la mirada del prójimo. Finge ser bella, tener valor confianza en sí, etc. Se forja una personalidad de fachada construida en una falsa seguridad heredada de actitudes aprendidas y copiadas de los modelos. Cuando se rehacen todas las muelas delanteras, la ilusión es perfecta hasta el punto de que es tentador tomar por verdaderos la seducción, la seguridad o el dominio de sí que la persona deja ver. Sin embargo, eso no es más que un papel. *“Aunque dientes sean horribles yo hago como si fuera bella y fuerte”*, es el mensaje de algunas sonrisas magníficamente rehechas. Bajo la máscara, la fragilidad está ahí. Como en el caso de *Élise*, si no es reconocida, tarde o temprano termina por reaparecer.

## **DESCARNAMIENTO**

Raro en un niño y en la persona joven, el descarnamiento a partir de los cuarenta, se convierte en la primera causa de pérdida de los dientes. El descarnamiento está asociado a la edad pues es un proceso de envejecimiento que traduce el agotamiento. La persona que ha luchado y combatido mucho, a veces en detrimento de sus convicciones o verdaderos valores, aspira al descanso. Perder los dientes es la manera de rendir las armas: *“se acabó, renunció, abandono”*. Y efectivamente, los dientes *“se caen”*. El Sr. o la Sra. Perfección, que se cansa de luchar en todos los frentes, está particularmente expuesto al descarnamiento. La Sra. Perfección, por ejemplo, que quisiera ser una esposa ideal, una madre ejemplar y una profesional impecable, al administrar múltiples actividades escolares, paraescolares y personales, no se da cuenta

que su modo de vida sobrecargado la está vaciando poco a poco de su energía. Igualmente, el Sr. Abnegación se entrega sin escatimar, se deja atrapar por su entorno y se agota sin conciencia en actividades que no lo nutren. La persona que padece de descarnamiento crónico tiene por mucho tiempo la creencia de que todo va bien, que puede resistir y estirar indefinidamente la situación, hasta el día en que aparecen los primeros signos de descarnamiento: sangramientos, dolores a la presión, movilidad. Les dientes móviles muestran que al igual que la halterofilia cuando se ha tomado un peso que supera sus capacidades de resistencia, la persona vacila bajo el peso de las cargas que se impone. El cuadro agotado en exceso y la madre de familia extenuada por sus embarazos que padecen de descarnamiento tienen en común sobrepasar sus fuerzas. El descarnamiento es un síntoma que espanta, con razón. Es la señal de que el nivel energético ha caído por debajo de la cota de alerta. Es urgente soltar los fardos, detenerse y reposar para tomar el tiempo de enraizarse, de reponer fuerzas. Muy solicitada, la tierra interior, hueso donde ancla el diente, no juega ya su papel de apoyo y de ama de crianza. Agotada, arrugada, ha devenido árida y seca, ya nada puede crecer allí. Las donaciones que son los dientes no pueden desarrollarse allí. Es tiempo ya de descansar, de dimitir de sus obligaciones para regenerar el cuerpo y el alma. Si la persona no lo hace, hay que temer que sus dientes “*dimitan*” por ella (junto con el resto del cuerpo).

## DESCARNAMIENTO

El agotamiento no es solamente físico; es también intelectual, hasta espiritual o existencial. La vida que lleva la persona no la nutre. Por el contrario, su vida la vacía, la dispersa, la priva de sus recursos. Los dientes que caen muestran las donaciones malgastadas. La persona cuyos dientes se descarnan no da pie con bola. Está en situación incómoda con el medio que la rodea. Perder sus dientes es el medio de ya no sentir la dolorosa disonancia: “*no estoy viviendo la vida que me corresponde*”. El diente, unido al hueso por una micro articulación, el ligamento, es un sensor. Eliminarlo por el descarnamiento es una manera de autoanestesiarse para no percibir más la división entre quien soy y lo que vivo. **Robert** está dotado de un temperamento fantástico. Artista en el alma, sólo sueña desde jovencito poesía, música, dibujo. Quisiera viajar, descubrir el mundo como trovador nómada. Su padre, cansado, no quiere un hijo artista. Roberto será militar. A los veinte años, enrolado en contra de su voluntad, reprime sus sueños par entrar en el ejército. Luego, a los treinta, sienta cabeza, se casa y se hace profesor de matemática. Veinte años más tarde, el descarnamiento de sus dientes en estado terminal testimonia la terrible renuncia que Robert se impuso durante largos años. No se reprime impunemente la naturaleza profunda. Perder sus dientes es a veces la ruda sensación de una vida frustrada.

Localizado en una sola pieza, el descarnamiento que llega de manera brutal traduce la necesidad vital de eliminar una parte de sí resentida como portadora de un sufrimiento imposible de manejar. La persona no tiene otra solución que expulsar el diente, soporte de una memoria ligada a una vivencia insostenible. **Delphine** es una mujer joven de unos treinta años. Sus dientes son sanos, no es propensa al descarnamiento. Sin embargo, sufre de un absceso del hueso y de la encía en el segundo molar inferior derecho (*muela de la unión por el lado masculino*). La muela móvil ha conservado tan poco del hueso que parece estar condenada. Representa la pareja o el compañero amoroso. Algunos meses antes, un trabajo terapéutico reactivó el recuerdo de una violación sufrida por Delfina a la edad de dieciocho años, recuerdo oculto hasta entonces. Confrontada a lo insufrible, Delphine no quiso ir más lejos. Prefirió tratar de

olvidar y continuar como si la toma de conciencia nunca hubiera tenido lugar. Desafortunadamente, el cuerpo no olvida. La memoria emocional reactivada por la toma de conciencia debe ser evacuada. Al no poder hacerlo, el inconsciente de Delphine es quien se encarga. El medio más radical de evacuar el dolor es eliminando la muela que lo lleva en la memoria, por un descarnamiento vivo. Delphine se libera de la memoria del suceso que envenena su vida de mujer. El cuerpo sacrifica una muela para proteger a Delphine de un problema más grave (cáncer, por ejemplo). La inflamación o el absceso asociado al descarnamiento (que contribuye a acelerar) traduce el estado de rabia interior de la persona de la que toda la energía está concentrada en la erradicación de su muela testigo del suceso doloroso.

El descarnamiento traduce la angustia frente a un entorno que uno no domina. La persona se siente tan impotente como el recién nacido desdentado en que se está volviendo a convertir. “*No lo lograré*”, expresa el descarnamiento generalizado de **Madeleine** que pierde uno detrás de otro su empleo, su marido y la casa en que vivía. La pérdida de sus dientes traduce la pérdida de seguridad y de referentes en la que la ha hundido el caos personal y profesional de su vida. “*La vida se me escapa, no me queda nada de donde asirme*”, dicen sus dientes que se mueven todo el día. La dentadura que se cae traduce el derrumbe moral. Como para Madeleine, un acontecimiento brutal (luto, pérdida de empleo, divorcio) puede producir un descarnamiento rápido con síntomas espectaculares. En pocas semanas los dientes ya móviles, confrontan la persona a su propia vulnerabilidad frente a acontecimientos que la desestabilizan profundamente. El espectro del caos y del vacío se instala en su boca como en su vida. Toda la constitución se derrumba, presa de un sismo contra el cual la persona no puede hacer nada. Si, por suerte, los acontecimientos exteriores se estabilizan, si la tormenta emocional se apacigua, los dientes se consolidan, traduciendo la reafirmación de la confianza en sí. Los fundamentos recobran su solidez, la persona se recupera, nuevamente puede mantenerse sobre sus piernas sin temblar. Sin embargo, cuidado, pues la alerta ha sido severa y la fragilidad permanece.

Cuando la movilidad concierne sólo a uno o a varios dientes, traduce el período de trastorno, de flotamiento o de cuestionamiento por el que está atravesando la persona. Expresa un desconcierto o una angustia vinculada a la pérdida de sus referentes. **Nadine**, una recién jubilada de cincuenta años constata que desde hace algunos meses su incisivo central superior derecho (*muela de la radiación*) se mueve. Se corre hacia adelante y parece que se separa de las otras. Ligada a la identidad femenina, esta pieza, por su movilidad traduce el desconcierto de Nadine que tiene dificultades en ubicarse después que dejó de trabajar. Claro, el puesto de alta responsabilidad que ejercía en una importante empresa terminó siendo pesado para ella, a pesar de que la valorizaba y hacía de ella una personalidad reconocida y apreciada socialmente. La imagen y la estima de sí de Nadine vacilan. Tanto más cuanto que en sus creencias, heredadas del modelo materno, la mujer que no trabaja carece de valor. Reinvertir su energía y su disponibilidad en una asociación que ella crea le permite recobrar la confianza en sí, y la muela se consolida.

La frecuencia de los problemas de descarnamiento no deja de aumentar en nuestras sociedades llamadas desarrolladas. No es una casualidad. Los problemas de huesos y de encía reflejan el estrés y las condiciones de vida cada vez más apremiantes y trepidantes que minan a los ciudadanos sin que estos se percaten. La ruptura con la tierra y su poder regenerador se manifiesta en nuestras bocas a través de la pérdida de arraigo

que es el descarnamiento. Es una invitación a revisar nuestras condiciones de vida, a adaptar nuestras cargas a nuestras capacidades reales. Mientras que el orgullo interior de lo mental todo poderoso nos incita a querer asumirlo todo presumiendo de nuestras fuerzas, el descarnamiento nos pone frente a nuestra realidad de niño débil y vulnerable. En ese sentido, el descarnamiento es una lección de humanidad. Cada cual debe aceptar reconocerla y decir “alto” a los tiranos que la agotan (oficio, hijos, familiares, ritmo infernal, etc.).

## **DIENTE**

El diente es el órgano más denso del cuerpo. Más duro que el hueso, el diente encarna nuestra estructura. Los dientes son la muralla que nos permite existir frente a los otros. Son a la vez nuestra protección y nuestra construcción, especie de casa interior donde vive la lengua. Son las balizas que delimitan el territorio personal. Su implantación circunscribe nuestro espacio interior y separa al mundo en dos partes: lo que me pertenece (el interior de mi boca) y lo que me es ajeno (lo exterior de mi boca).

Los dientes constituyen el teclado de la computadora central que es el cerebro, al que están conectados directamente por el nervio trigémino. Verdaderas antenas sensibles, ricamente inervadas, se comportan a la vez como sensores de informaciones que informan al cerebro sobre la posición de la mandíbula en el espacio y como emisores que traducen nuestros estados interiores. El teclado dental codifica la información en los tres planos del espacio.

## **DELANTE Y DETRÁS**

Los dientes delanteros representan las facetas más conscientes de la personalidad. Son las piezas de la sonrisa, ligadas a la vida de las relaciones. Contrariamente, las del fondo o molares son las facetas más inconscientes. Representan los reflejos y los conocimientos fundamentales donde los automatismos preceden a la reflexión.

## **ARIBA Y ABAJO**

Los dientes de arriba que se engranan con los de abajo reflejan las dos polaridades, a la vez opuestas y complementarias, de la personalidad.

Los dientes de abajo están vinculados con las emociones incontroladas o pulsiones. Declinan la gama de las necesidades y de los deseos (necesidades del cuerpo, necesidades afectivas, ternura, etc.). Estas piezas representan el círculo protegido de la intimidad, reservado a los allegados (cónyuge, hijos, amigos). También encarnan el plano material financiero y afectivo. Dotados de raíces que apuntan hacia abajo como verdaderas tomas de tierra, son sensores telúricos. Los dientes de abajo en muy mal estado traducen un corte importante con la tierra (la realidad concreta, el cuerpo), el rechazo del principio sustentador o materno.

Los dientes superiores representan la conciencia, la razón, el control, la capacidad de obedecer a principios, de fijarse reglas de conducta. Están en relación con la autoridad, la justicia, la ley. Con sus raíces que se orientan hacia arriba como antenas, son sensores celestes. Los dientes superiores muy averiados traducen el rechazo de la autoridad (jerarquía) y del principio paterno.

**DERECHA IZQUIERDA** (se trata de su derecha y de su izquierda)

La derecha y la izquierda están vinculadas a los padres que nos trajeron al mundo y nos criaron. Papa (a la derecha) y mamá (a la izquierda), los padres de crianza están abajo. Padre (a la izquierda) y madre (a la derecha): los padres educadores están arriba. De este modo distinguimos cuatro cuadrantes, cada uno en relación con un papel paterno. Todos los dientes de un cuadrante están relacionados con el padre correspondiente. Con motivo de la inversión de las polaridades entre el de arriba y el de abajo, masculino y femenino se distribuyen en dos ejes (papa-padre y mamá-madre) que se cruzan en el centro.

El masculino abajo a la derecha (papá) se proyecta arriba a la izquierda (padre). El femenino abajo izquierda (mamá) se prolonga arriba a la derecha (madre). La pareja de abajo (papá-mamá) le hace frente a la pareja de arriba (madre-padre). La pareja de la derecha (madre-papá) equilibra la pareja de la izquierda (padre-madre).

### UN DIENTE UNA FACETA

Cada diente representa una cualidad particular, un campo de la vida, una faceta de la personalidad.

Los incisivos centrales representan la identidad y la imagen de sí (página 48). Arriba: *diente de la radiación*. Abajo: *diente del comienzo*. Los incisivos laterales representan el diálogo (página 48). Arriba, *diente de la comunicación*. Abajo: *diente de la relación*.

Los *colmillos* encarnan la fuerza y la potencia (página 15). Arriba: *diente de la voluntad*. Abajo: *diente de los orígenes*.

Los primeros premolares representan el dinamismo y la acción (pág. 70). Arriba: *diente de la audacia*. Abajo: *diente de la metamorfosis*.

Los segundos premolares representan las separaciones (pág. 71). Arriba: *diente del discernimiento*. Abajo: *diente de la afirmación*.

Los primeros molares representan a los padres (pág. 57). Arriba: *dientes de padre/madre*. Abajo: *dientes de papá/mamá*.

Los segundos molares materializan el lugar en la sociedad (pág. 56). Arriba: *diente de la transgresión*. Abajo: *diente de la unión*.

Las *muelas del juicio* encarnan la autonomía y la individualidad (pág. 27).

### DIENTE DE LECHE

Los dientes de leche constituyen una estructura provisional que permite al niño existir fuera de la mamá. Ellos representan una primera etapa en la construcción de la personalidad, una especie de comienzo. En esa etapa, la personalidad verdadera del niño todavía está dormida. Es por eso que, de un niño a otro, los dientes de leche son casi idénticos. A través de la dentadura de leche, estructura biológica heredada de la vida fetal, la mamá le da al niño el medio de separarse de ella. La dentadura de leche es el primer resultado que permite al niño separarse de lo exterior y afirmar su yo naciente. Los dientes de leche, barrera frágil, porosa y sin embargo esencial, le permiten al niño adquirir un mínimo de autonomía. Alimentarse, hablar, defenderse, apoyarse para levantarse y caminar, muchos actos elementales de lo cotidiano permitidos por su presencia. Los dientes ofrecen al niño la posibilidad de alimentarse no ya a través de la mamá sino por sí mismo. Masticar exige un determinado esfuerzo. Los dientes en cierto modo arman al niño, le ofrecen un apoyo sólido en el momento en que se enfrenta a las exigencias y a la dureza del mundo. Cada diente de leche que se avería cuestiona la frágil autonomía y representa una regresión hacia la matriz, el

vientre, adonde el niño retorna tan rápido como salió. Para el niño destruir sus dientes es el medio de operar un retorno salvador, eliminar lo duro para encontrar la suavidad de la matriz original, protectora y nutriente, garantía de supervivencia. Al destruir sus dientes, el niño elimina su estructura, renuncia a ser un individuo separado. El niño destruye la “barrera dental” para encontrar la fusión con la mamá. Se repliega en el estado de no separación del bebé sin dientes, inmerso en un amor absoluto y total. Es un reflejo de supervivencia y de protección contra el sufrimiento. La aparición de una carie es por tanto el signo de que el niño está confrontando un estrés, una separación o una prueba insalvable. La carie muestra que el niño se escapa, huye de una realidad demasiado difícil..

Un diente de leche que se avería es una señal de extrema importancia. “*Ya no quiero avanzar, quiero volverme*”, es el mensaje del diente que resuena como un llamado de socorro que todo padre debería saber reconocer y escuchar. Si crecer es una sucesión de separaciones (nacimiento, destete, etc.), el niño corre el peligro de desarrollar caries cada vez que una etapa reactive la angustia de separación. El clásico síndrome llamado del biberón es un ejemplo de ello. *Lucas*, de dos años, es un niño calificado de hiperactivo y ansioso. Dejarlo solo en su cuarto para que se duerna, por la noche y en el momento de la siesta, es un problema real. El muchacho se niega a quedarse solo. Una lamparita no logra conjurar su temor a la oscuridad. Desamparados, los padres encontraron sin embargo la solución milagrosa para apaciguar a su hijo: un biberón de agua azucarada que Lucas mantiene en la boca para dormirse. Los daños a los dientes no se hacen esperar, los incisivos se destruyen enteramente y los otros dientes caen en un estado lamentable. Si el azúcar es en parte responsable de la ruina de los dientes de Lucas, está enmascarando una causa más profunda: la angustia del pequeño y su miedo frente a la separación que representa el sueño. Azúcar y caries manifiestan la misma problemática: la necesidad vital de acercarse a la madre para estar tranquilo, ser mimado, protegido de la soledad tan temida. Si los padres de Lucas hubieran tomado el tiempo de mecer al pequeño, de hacerle mimos o contarle un cuento antes de dormir, quizás no hubiera sido necesario el azúcar para apaciguarlo. La “barrera dental” habría podido permanecer intacta. Para aquellos padres poco disponibles, proponer azúcar es una respuesta práctica y rápida al pedido del niño. Si se calma y se duerme por ese medio, la aparición de caries del biberón muestra sin embargo que la necesidad real del niño (consuelo, afecto, ternura) no está satisfecha. En el mismo orden de ideas, el niño adicto a los bombones y a otros dulces trata a su manera de hacer más soportable una existencia demasiado dura para él. Sucede también que el jovencito manifiesta a través de la afectación de sus dientes una problemática que no le pertenece, pero refleja la del padre. Eso es lo que pasa cuando se parte un incisivo de leche. Espejo fiel, el niño traduce entonces la desvalorización del padre que se siente “roto” o herido por la vida. El niño, como una verdadera esponja emocional, percibe y traduce el malestar del padre. La pequeña *Véronique*, de tres años, se ha caído en varias oportunidades sobre su incisivo central superior derecho (relacionado con la madre). El diente se puso gris, luego negro. Una vez más, la niña, que se divierte saltando en la cama, se cae violentamente contra el borde de metal. El diente explota. Los “incidentes” siempre han tenido lugar cuando la niña estaba al cuidado de la abuela paterna. Más precisamente, las caídas tuvieron lugar en el momento en que la madre confía su hija a su suegra o cuando la recoge por la tarde, después de la jornada de trabajo. ¿Es necesario evocar la efervescencia, la precipitación de las despedidas o de los reencuentros en esa niña, que seguro es emotiva y turbulenta? En realidad, es la imagen de la madre (incisivo central superior derecho) y no la de la pequeña la que se ha

dañado con las múltiples caídas. Véronique traduce el malestar de su madre, molesta por dejar a su hija con la suegra para ir a trabajar. *“Ella piensa que la abandono, debe juzgarme como una mala madre”*, piensa esta mujer cada vez que le confía Véronique a la abuela y cada vez que la recoge. La madre, que cree leer la desaprobación en la mirada de su suegra, se reprocha su falta de disponibilidad a causa de un trabajo absorbente pero apasionante al que no quiere renunciar. A medida que el tiempo pasa, se siente cada vez más juzgada y desaprobada por su suegra que se vanagloria de haber dejado de trabajar sin lamentarse para dedicarse a sus hijos. El oscurecimiento del diente de su hija traduce el sentimiento de vergüenza de esta mujer culpabilizada de ser una “mala madre”. El día en que el incisivo explota, es la imagen de la madre la que vuela en pedazos, herida en lo más profundo por las palabras de su suegra. Poco después, decide confiar su hija a una niñera. La niñita ya no se volvió a caer sobre sus dientes.

Los dientes de leche son considerados erróneamente como una estructura caduca de poca importancia. Al contrario, su presencia resulta determinante tanto para el crecimiento de las mandíbulas como para el desarrollo de la personalidad del niño. Se le deben prodigar los mismos cuidados y la misma atención que a los dientes adultos. Los mensajes que ellos envían cuando se enferman traducen un sufrimiento mayor y deben ser tomados en serio. Si ese no fuera el caso, problemas similares afectarán los dientes adultos.

## **MUELA DEL JUICIO**

Llamada así por su aparición tardía, a la muela del juicio le queda bien el nombre. Ella representa la sensatez en el sentido de la madurez. Encarna la autonomía, la capacidad de no contar consigo mismo, de ser su propio amo, su propio referente independientemente de todo modelo exterior. El joven adulto, al que le salen las muelas del juicio, es sensato en el sentido en que ha integrado los principios paterno y materno. Se ha convertido en su propio padre pues ya es capaz de alimentarse y de dirigirse solo. Última muela que sale, su aparición cierra el proceso de crecimiento. *“¡Vaya, ya soy adulto, estoy completo, en plena posesión de todas mis facultades, armado hasta los dientes para morder en la vida”*, anuncia la muela del juicio.

Su salida debe saludarse como un acontecimiento especial que anuncia el final de la adolescencia y la entrada en la edad adulta. Ella marca el alejamiento definitivo con respecto a los padres, sin posible regreso. Ya es hora de dejarlos para hacer su vida y fundar una familia. Es la única muela adulta que causa problemas en su salida (*inflamación, dolores, limitación de la abertura de la boca.*). Su empuje difícil, a veces doloroso, recuerda el empuje de los primeros dientes de leche, que a veces hemos vivido, también con dolor y fiebre (*lea Aparición*). La aparición es un verdadero rito de paso. Las muelas del juicio se despiertan a veces en el momento de los exámenes, por ejemplo el Pre. Más allá del estrés del examen mismo, se dibuja la angustia del paso irreversible que sanciona. El Pre marca el final de los estudios secundarios. El joven adulto se apresta a abandonar un entorno familiar, el Instituto, pero también a su familia y puede ser a su ciudad, para ir a estudiar o a trabajar. La angustia de afrontar al mundo, de aceptar el reto de la autonomía y de la soledad se oculta detrás de los empujes a veces espectaculares de las muelas del juicio. Los dolores traducen ira y desconcierto del casi adulto. *“No soy capaz de arreglármelas solo. Cómo me gustaría regresar si fuera posible a los buenos y viejos tiempos en que mis padres me*

*cuidaban*". Al mismo tiempo, los empujes violentos son una invitación apremiante a desprenderse de los padres o del confort que ellos procuran.

La extracción, a veces espectacular, es también (*por su evolución y sus consecuencias*), un rito de paso sufrido más bien que vivido. La intervención marca un momento clave: abandonar su familia, partir al extranjero o mudarse a su propio apartamento. Sacarse las muelas del juicio sin conciencia, es renunciar a sus apoyos personales, es tratar de dar marcha atrás, regresar al tiempo de la dependencia, manifestar el deseo inconsciente de ser asistido, mimado por madre y padre. La extracción, cuando se hace sin esperar bajo anestesia general, es un intento de evacuar la cuestión de la autonomía. *Jérôme* va a utilizar incluso la extracción de sus muelas del juicio para escapar del servicio militar. Da como pretexto dolores insostenibles y se aprovecha para regresar y hacerse mimar en la casa de los padres. La función de las muelas del juicio es en ese caso desviada pues se ha utilizado para escapar al paso y regresar a la infancia, antes que enfrentarse a la vida de hombre (el servicio militar). El doloroso período posterior a la operación (*mejilla inflamada e infección*) traduce el conflicto en el que el joven adulto está inmerso, debatiéndose entre su deseo de asumirse y sus temores de no lograrlo. Al contrario, la extracción (*si es necesaria*) vivida a conciencia es un nacimiento. Cuando el paso es aceptado plenamente y vivido como tal, la extracción es una liberación: "*¡Me libero de la matriz, despliego mis alas para emprender el vuelo!*".

En todas las edades, el empuje de la muela del juicio es un llamado apremiante a tomar la vida en mano, a liberarse de una dependencia, material o afectiva (*muela del juicio de abajo*) o de una tutela moral (*muela del juicio de arriba*). *Lydie*, mujer de más de cuarenta, padece desde hace algunos meses de dolores agudos, abajo a la derecha. Pensando que se trata de una carie, consulta a su dentista con urgencia. En realidad, es la muela del juicio, que hasta ese momento había permanecido silenciosa, que está tratando de salir. A primera vista, *Lydie* es una adulta autónoma. Sólo que la joven mujer se hunde en una relación afectiva que ya no la satisface desde hace mucho. Sigue con un hombre que ya no ama, únicamente por miedo a la soledad. Los empujes de la muela del juicio (*abajo a la derecha, lado masculino*) invitan a *Lydie* a tomar su libertad y a ocuparse de sus necesidades afectivas y materiales, antes que contar con un hombre. La muela del juicio que sale tardíamente es signo positivo de acceso a la madurez (*caso de Marthe, pág. 51*).

La muela del juicio es sin dudas la más extraordinaria de nuestras muelas. Además de hacer su aparición a una edad inhabitual, su forma, su eje, la forma y cantidad de raíces son de una gran variabilidad. Parece que la más alta fantasía procede a la génesis de esa muela. Notable por sus raíces "*bloqueadas*" o forzadas, la muela del juicio nos hace penetrar en el mundo de lo improbable y lo atípico. Si la muela del juicio escapa a toda norma, es porque encarna la parte más profunda y más auténtica del individuo en lo que tiene de único y especial. La muela del juicio representa el hecho de ser uno mismo, para lo mejor o lo peor, aparte del tiempo y los modos. Es el lugar donde la individualidad se arraiga. Permite pararse frente al mundo, sin miedo y sin temor del juicio del prójimo, situarse fuera de las normas, familiares o sociales. Gracias a la muela del juicio sé quién soy, donde quiera me siento bien porque me siento bien en mí mismo. Ella representa la relación con lo irracional (a veces la sensatez roza con la locura), la relación con lo divino, en el sentido amplio del término. Rige nuestra relación con el universo, con lo universal. La muela del juicio procura la seguridad absoluta ligada a la íntima convicción de que uno no carecerá nunca de nada.

Representa a “*Dios en sí*”, en cierto modo. La forma de la corona revela el lugar y la importancia que la persona se da a ella misma, la de las raíces revela la relación que mantiene con la vida. Una muela del juicio de tamaño reducido muestra que la persona hace poco caso de sus recursos personales y de su originalidad, que tiene dificultad para distinguirse del grupo. Una raíz única revela creencias de restricción, la persona no se atreve a ocupar espacio, odia hacer su hueco, confía poco en la providencia. Raíces numerosas traducen una personalidad rica y compleja, de múltiples talentos y recursos que sería una pena confinar en una sola vía de realización. En cuanto a la ausencia de la muela del juicio, traduce el miedo visceral de morir (*lea Agenesia*).

Si la muela del juicio tiende a desaparecer de nuestras mandíbulas es menos por motivo de una hipotética evolución de la especie que por las prácticas de extracciones abusivas actualmente en moda. La desaparición de la muela del juicio (*agenesia, aparición imposible, extracción prematura*) es reveladora de una sociedad que rechaza el cumplimiento de la madurez y quisiera detener su evolución en la etapa de la adolescencia. Como lo hace notar un psiquiatra: “*la sociedad no vive más que una sola edad, la de la adolescencia*”. Así, la ausencia de la muela del juicio podría ser el síndrome del adolescente, eterno inmaduro que se aferra a la juventud. La dificultad de aparición, causada más por un eje desviado que por una real falta de lugar, traduce la imposibilidad de situarse en tanto que adulto en una sociedad regida por el culto de los valores jóvenes. “*Mi cuerpo es el de un adulto y sin embargo mis padres que no me han visto crecer y parecen tan jóvenes como yo, siguen tratándome como su niño*” (esto les evita verse envejecer). Frente a padres que permanecen jóvenes, ¿cómo crecer y situarse? Cuando las generaciones se confunden, el tiempo de la sensatez queda proscrito.

La erradicación casi sistemática de la muela del juicio traduce las decisiones inconscientes de una sociedad que le niega al individuo el derecho de envejecer y de distinguirse del grupo por su físico o sus ideas. Cirugía estética, dientes alineados y blancos borran toda particularidad, todos se parecen a todos. La pérdida de la muela del juicio es reflejo de un mundo formateado, estandarizado, que genera uniformidad y dependencia, un mundo que sólo tolera a los individuos socialmente correctos. Sin la vena de locura que encarna la muela del juicio, se corre el peligro de parecer muy soso. “*¿Me podría dar la dirección de un buen dentista?*”, pregunta esta mujer.

Muchas personas buscan al dentista ideal, encargado de salvarlas y reconstruirlas. La insistencia o la ira que acompaña a ciertas solicitudes muestran que los pacientes esperan demasiado del dentista. Es tentador abrir la boca esperando que el médico nos libere de nuestros males. Y si este da prueba de cierta apertura de espíritu, esperamos de él, además, que nos libere de nuestros males físicos. Si es legítimo querer ser curado por un dentista competente, tenemos tendencia a olvidar que el facultativo que nos trata es el reflejo de la manera en que nos tratamos nosotros mismos. La persona que se autodestruye inconscientemente por la carie o por el descarnamiento buscará en vano al dentista capaz de salvar sus dientes. El dentista salvador-milagroso no existe pues la cura primero depende del paciente. No se trata de prescindir del dentista, pero sería errado remitirse a él ciegamente.

Acostumbrado a abrir la boca, el paciente olvida que él es el principal actor de su cura. La manera con que aborda el cuidado y decide actuar resulta determinante. El facultativo que nos conviene tiene pocas oportunidades de estar en una lista de dentistas

formados para tal o más cual método (*la publicación de listas está prohibida por el colegio de dentistas*). Encontrar al “buen” dentista supone haber cambiado la manera de tratarse y de aceptar mirar su sufrimiento sin huirle. *Pierre* ha cargado con el suyo de dentista en dentista durante años, sin encontrar solución duradera a sus problemas dentales y sin darse cuenta de que a través de sus dientes lo que se estaba destruyendo era su vida entera. Una psicoterapia le da la oportunidad de enfrentar su sufrimiento. Comprende que sus dientes averiados le están reenviando sus faltas y su ruina interior. Las compresas y otras restauraciones no pueden aguantar hasta que *Pierre* decida poner fin a la espiral de autosabotaje en la que se está debatiendo. “*No podía esperar que un dentista reconstituyera mis dientes mientras que por mi parte me obstinaba en demolerme*”, nos explica. *Pierre* toma la decisión de reconstruirse. La vida lo lleva a encontrar un dentista comprensivo y abierto que lo ayude en este proceso. “*Esta es la primera vez que encuentro un dentista que me conviene y que me escucha*”, confiesa *Pierre*. ¿Casualidad, milagro? Frecuentemente, un cambio de actitud o una toma de conciencia ponen en nuestro camino a la persona que ayuda a concretar esta transformación. Si estamos dispuestos a curar nuestras heridas, encontraremos al dentista apto para curar nuestros dientes. Contrariamente, quedarse confinado en esquemas de autodestrucción lleva a dentistas que tratan mal o que dejan insatisfecho. De salvador, el dentista pasa entonces a la caricatura del verdugo. Decir “hay uno que me masacró”, es hacerse la víctima y privarse de la posibilidad de salir de esquemas alienantes.

El dentista es nuestro espejo y también reflejo de nuestros padres. Cuida de nuestros dientes como nuestros padres cuidaron de nosotros. El dentista ejerce una acción directa en el cuerpo, penetra el espacio cargado fuertemente de intimidad que es la boca. Por eso, las emociones muy fuertes ligadas a la tierna infancia tales como el sentimiento de haber sido víctima de abuso, pueden resurgir con motivo de una cura. “*Ese dentista me lo recomendó muy bien una amiga. Fui a consultarme con él con los ojos cerrados. ¡Qué decepción! Prácticamente, casi ni me atendió. Estaba muy apurado. Me mató el nervio de una muela casi sin decírmelo*”, cuenta *Gisèle*. Sin embargo, según su amiga, ese dentista era perfecto. La desventura de *Gisèle* muestra cuan delicado es aconsejar a alguien e imprudente confiar ciegamente en una recomendación. *Gisèle* tiene el sentimiento de que la atendieron apresuradamente. Haciendo memoria, recuerda episodios semejantes relacionados con su infancia: “*Éramos diez hijos y mamá nunca tenía tiempo para mí. Siempre me sentí relegada ya fuera para el aseo como para que me dieran algún remedio cuando estaba enferma*”. La muela que el dentista me estaba curando de manera apresurada se encuentra justamente abajo a la izquierda, en el sector de la mamá. Como *Gisèle*, una persona que tiene el sentimiento de haber sido traicionada o tratada inadecuadamente por sus padres, la muela tiende a reproducir una vivencia similar con su dentista. Visto desde este ángulo, la relación terapéutica, con sus conflictos y sus imponderables, es ocasión para tomar conciencia de los bloqueos y arreglarlos. Si uno admite que nada de lo que pasa en la silla del dentista es insignificante ni arriesgado, el evento más banal (*una lengua herida por la fresa*) así como el más grave (*una muela sacada por error*) toman un sentido. Aun cuando sea consecuencia de una torpeza o de una negligencia del dentista o incluso de su falta de tiempo, el error médico no sucede por casualidad. Él materializa una tensión ligada a la vivencia del paciente y a sus creencias. El error médico se asemeja de cierta manera a un maltrato. El dentista maltrata a su paciente en el sentido de que el tratamiento aplicado inflige un daño corporal. El error es el eco de un maltrato real o sentido por la persona durante la infancia en relación con el padre. “*Mi padre que se suponía que me*

*ayudara, me traicionó*”, o también *“mamá, que debía curar mi pena, me hiere más”*. La muela en cuestión, objeto del conflicto, reactualiza el drama de la infancia. Observar el lado en que se encuentra permite comprender por qué padre se ha sentido traicionada la persona, herida o maltratada (*derecho – izquierdo, lea la pág. 24*).

## **DENTISTA**

El hecho de que una falta sea inaceptable y que sea necesario reaccionar cuando se produce no dispensa que se analicen las causas profundas que la sustentan. *Carmen* ha desarrollado una relación un tanto particular a los cuidados, sobre todo a los que dispensan los hombres. De pequeña, era su padre quien se ocupaba de curarla cuando estaba enferma: enemas, colocación de ventosas en el pecho, unciones de cremas descongestionantes, etc. Carmen, que hubiera dado cualquier cosa porque su madre se ocupara de ella, ve esos cuidados dispensados por una mano masculina como una insoportable intrusión. Tanto más cuanto que su padre no es delicado. Hombre de fría autoridad, se ocupa de ella con cierta brutalidad que Carmen siente como sadismo. En la adultez, Carmen encuentra dentistas que describe como “autoritarios, poco atentos, brutales, hasta sádicos”. Su historia dental prosigue sin grandes complicaciones hasta el día que el dentista que la trata, para desvitalizar una muela, le pone una cura inadaptada. Le sigue una violenta inflamación que le llega al hueso. Hay que extraer la pieza, es el colmillo superior izquierdo que representa la voluntad (*muela de la voluntad por la parte paterna*), sometida por fuerza, en el caso de Carmen, a la de su padre. El accidente muestra a Carmen que aún no ha terminado con el padre de quien sufriera la intrusión cuando más joven. Una violenta ira pide ser liberada (*inflamación*). Carmen rechaza la influencia paterna (*extracción de la muela*). Más aún, Carmen necesita enfrentar a su padre (en el sentido simbólico) para recuperar su poder sobre sí misma, representado por el colmillo perdido. El episodio sucede en un período difícil: ella se siente disminuida, físicamente después de una enfermedad y moralmente después de un despido. Sin embargo, Carmen inicia un proceso de recurso contra el dentista que cometió el error. Va a defender su causa ante el dentista y tres miembros del Consejo de la Orden (*es decir cuatro figuras paternas*). Es decir que Carmen se está enfrentando a la justicia y a la ley del padre. Después de no pocos recursos, un experto (también un hombre) acaba reconociendo el error del dentista. Más allá del aspecto médico-legal, la módica indemnización lograda representa ante todo una reparación simbólica del prejuicio físico y sobre todo moral infligida por el dentista, imagen de la autoridad paterna. Carmen necesitaba que se le hiciera justicia a la pequeña niña maltratada. Ver legitimar el daño infligido por su padre le permite salir de la relación de sumisión que mantenía con él.

Si el dentista tiene su parte de responsabilidad, no olvidemos asumir la nuestra sin equivocarnos de objetivo. A través de la confrontación con el dentista, es con un propio progenitor, padre o madre, que el paciente trata de ajustar cuentas. Perder una muela a causa de una torpeza o de una negligencia del dentista es inaceptable. Ignorar su propio sufrimiento de niña es otro tanto.

## **DESVITALISATION (o pulpectomía)**

Nadie acepta que le desvitalicen una muela sin tener un sobrecogimiento. “¿*Está seguro de que no la puedo mantener viva?*”, pregunta el paciente ansioso por la intervención que va a sufrir, que aunque es una pequeña cirugía, no deja de ser una amputación.

“*Matar el nervio*”, según la expresión consagrada, es un acto generador de tensión pues se siente dolorosamente como la pérdida irremediable de la vitalidad de una parte de uno. La desvitalización se muestra claramente como un acto que consiste en quitar la vida. Término cercano, “*despulsar*” es también explícito. Quitar la pulpa es retirar el núcleo central, privar al fruto de su jugo, al árbol de su savia. La muela es comparable a una planta que se arraiga en el hueso de las mandíbulas, alimentada por los vasos que nutren y forman la pulpa (o nervio). Una muela está viva cuando en el centro el nervio le da su sensibilidad (frío, calor, azúcar, presión). Más aún, la muela viva la recorre un flujo que va del nervio a la periferia (flujo dental), una especie de barrido permanente que la remineraliza en el interior y la protege contra los ácidos que amenazan su integridad. Una muela viva respira. La onda de vida que la atraviesa representa la fluidez interior. El flujo materializa las emociones que nos recorren cuando, como la muela, somos sensibles y estamos vivos. Cuando aceptamos vivir y sentir nuestras emociones, ellas nos atraviesan sin dejar daños. Si nosotros las expresamos (movimiento hacia el exterior) nos animan, nos hacen vibrar sin destruirnos. A la inversa, cuando las bloqueamos, creamos un cierre que se opone al movimiento natural. Nos quedamos tiesos para ya no sentir (el miedo, el sufrimiento, la tristeza, a veces la alegría). Al contraernos en un reflejo de repliegue para protegernos de lo insoportable o de lo insufrible, impedimos que la vida circule libremente. La muela que pierde su vitalidad traduce el bloqueo del movimiento interior. La onda interior se inmoviliza y convierte en hielo. Nosotros devenimos fríos, insensibles, petrificados en un campo de nuestra vida. Una muela desvitalizada es una cuerda de nuestro arco interior que ya no vibra. Una faceta de uno que se ha puesto rígida, incapaz de evolucionar. En el campo representado por la muela, estamos paralizados en la emoción responsable del bloqueo o sentida en el momento en que la muela pierde su vitalidad. Las emociones frías como la tristeza o el miedo llevan al anquilosamiento (*absceso indoloro y latente*). Las emociones calientes como la ira conducen a fenómenos inflamatorios persistentes (*dolores, punzadas*).

**Hervé** visita a su dentista para un control de rutina. Le tiene gran confianza, lo conoce bien y hace ya mucho que se atiende con él. No hay nada que temer ya que regularmente, el dentista no detecta nada más que sarro. Esta vez sin embargo, el dentista descubre una carie en un incisivo, carie profunda. “*Tengo que revitalizarla*”, anuncia el dentista. Hervé quería protestar. No obstante, es demasiado tarde, el acto ya comenzó, hay que ir hasta el final. “*No lo esperaba. Hubiera querido decirle al dentista que me gustaría salvarla, además es una muela delantera. Pero ya la desvitalizó. Me encontré ante el hecho consumado. Durante toda la sesión, estuve rabiando, me estuve conteniendo para no explotar e irme. Finalmente, dejé que el dentista acabara su trabajo y no dije nada*”. El período posterior a la operación expresa la ira que Hervé no pudo exteriorizar. Una vez pasada la anestesia, se manifiestan violentas punzadas. “*Dolores tan fuertes como un dolor de muelas*”, explica Hervé. “*Volví al dentista con urgencia, me dijo que no entendía nada, que nunca había visto algo así*”. A pesar de los antibióticos y los calmantes, los dolores siguen. Sólo la aplicación de hielo alivia a Hervé. Una nueva intervención para desobstruir la raíz y desinfectar nuevamente no cambió nada. Algunos meses más tarde, los dolores seguían, aunque atenuados. Hervé se quedó bloqueado en la ira que sintió en el sillón del dentista mientras “sufría” la cura. La muela en cuestión, un incisivo lateral superior izquierdo (*muela de la comunicación con el padre*) permite precisar el origen del problema. A través de ese episodio con su dentista, Hervé revivió un drama de la infancia: la imposibilidad de que su padre lo oyera. Hervé es prisionero de su ira

de niño a quien su padre le impone silencio. “*Después de ese episodio, estoy constantemente irritable*”, confiesa Hervé. “*En cuanto me quieren imponer algo, me pongo rojo, como mi muela ¡que ha cogido un extraño tinte rosado!*”.

**Christine** vive un episodio similar. Al final de la sesión, y sólo después de haber insistido por tener el detalle de sus curas, se entera con estupor que la dentista le ha desvitalizado una muela. “*Sentí una profunda tristeza pues la muerte de una muela no es para mí algo banal*”, explica Christine. A la tristeza se mezclan decepción y enojo por no haber sido advertida: “*La dentista estaba apurada, me dijo más tarde que no tuvo más remedio. Sin embargo, yo esperaba otra actitud de su parte pues le tenía confianza*”. Todo el lado concernido (*sector superior derecho, ligado a la madre*) permanece inflamado durante más de dos meses, así como el resto de la boca. “*Puede ser por solidaridad con el lado que sufre*”, supone Christine. Como ella, las personas a las que se les desvitaliza una muela sin prevenirlas se sienten desposeídas de una parte de ellas mismas, despojadas y hasta traicionadas por el facultativo que opera a sus espaldas, poniéndolas ante el hecho consumado. “*Es como si me hubieran robado algo de valor durante el sueño. Durmiendo mi muela, la dentista durmió también mi vigilancia y abusó de mi confianza*”, explica Christine. La persona se siente privada, no sólo de un elemento valioso, la vitalidad de una muela, sino también de su poder de decisión. La inflamación que persiste largo tiempo después de la desvitalización traduce la ira en reacción a un acto percibido como injustificado, tanto más si el diente desvitalizado no presentaba ningún síntoma doloroso. El incidente confronta la persona a una injusticia vivida en la infancia en relación con el padre que corresponde al cuadrante en que se encuentra la muela (*derecho izquierdo, leer pág. 24*). A través de a dentista que la cura sin advertirle, Catherine revive la autoridad materna sufrida arbitrariamente. Muchos dolores postoperatorios se podrían evitar si el dentista se tomara el tiempo de explicarle al paciente un acto que éste no puede aceptar si no comprende la necesidad de hacerlo.

Cierta dentistería a la que llaman naturopática recomienda la extracción sistemática de todas las muelas desvitalizadas so pretexto de que representan un foco potencial infeccioso o tóxico. La muela desvitalizada será un reservorio de gérmenes, un veneno para el cuerpo. Sin embargo, el cuerpo no rechaza una muela “*muerta*” (tratada o no) mientras que elimina, en caso de descarnamiento, a los dientes vivos, que a veces están completamente sanos. ¿Paradoja o sensatez del cuerpo? Movida por el “deseo de purificarse”, **Carole**, de treinta años, no vaciló en hacerse sacar todas las muelas desvitalizadas, incluyendo las piezas delanteras. “*Cuando leí que los dientes muertos eran un veneno, sentí la necesidad de que me los sacaran*”, declara para explicar su gesto. La actitud extrema de Carole, que por otra parte, goza de buena salud, toma el aspecto de cruzada contra ella misma. ¿El hecho de que una muela haya perdido su vitalidad basta para justificar su erradicación pura y simple? Más aún cuando se presenta el problema de reemplazar las muelas extraídas. Un implante o un puente no podrían ser una solución más satisfactoria o menos tóxica que una muela desvitalizada. Y hay quienes no vacilan al afirmar: “*Vale más no tener nada en la boca que tener fuentes de veneno*”. Eso tal vez sea cierto en el caso de la persona enferma que no tiene ya nada que perder, lista para intentar el último sacrificio de sus dientes para mejorar su salud (sin ninguna garantía). La mujer a la que se le extraigan los dientes perderá su seducción y, pudiera ser, el gusto de vivir. No todo el mundo está decidido, como Carole, a ir hasta el extremo de sus convicciones, quedándose desdentada, sin hablar del perjuicio estético (tal vez deseado inconscientemente). Es olvidar las consecuencias

nocivas (y a veces terribles) en la situación de la falta de apoyo asociada a los dientes ausentes. Después de las extracciones, la persona estará aún más desequilibrada, en el sentido propio esta vez. Los promotores de las extracciones sistemáticas hablan del “*respeto de la vida*”, y ¿qué hay del respeto del ser? El cuerpo es capaz de acomodarse a cierta toxicidad y lo peor para la salud del individuo no es quizás el envenenamiento físico sino psíquico. Una muela es seguramente mejor tolerada desde el momento que está rehabilitada por el trabajo interior y la toma de conciencia. Incluso desvitalizada una muela conserva su propiocepción, es decir una parte de su inervación en la parte de raíz que está en contacto con el hueso (*de ahí la sensibilidad sorprendente de algunas muelas desvitalizadas*). Si no es posible restaurar la vitalidad física, es posible darle a la muela su parte de vida en el plano psíquico. Desde el momento en que se acepta hacer ese trabajo, la muela desvitalizada ya no es más un cuerpo muerto, extraño a nuestra estructura, sino que recupera su pleno y entero lugar y su dimensión de faceta viva de la personalidad.

### **EDENTACIÓN**

“*Y ¿cuándo ya no tenemos más dientes?*”, pregunta la persona inquieta por la pérdida de su precioso capital dental. Desde luego, no podemos hacer que vuelvan a salir los dientes, pero ¿qué hay con las cualidades y fuerzas interiores que representan? ¿Se pierden para siempre las capacidades asociadas a los dientes?

Perder sus dientes es una prueba temible (*que afrontan más del 20 % de las personas mayores entre sesenta y cinco a setenta y cuatro años*). En el caso de la persona joven que está en la fuerza de la edad, la prueba es más cruel todavía. La pérdida de las muelas traduce la imposibilidad de manifestar las cualidades representadas por las muelas. Sin embargo, incluso si las muelas se extraen, las cualidades no pueden ser retiradas. Ellas son herencia de cada uno. La persona puede solamente ser momentáneamente cortada de ellas. Reapropiarse de las capacidades y las fuerzas vinculadas a las muelas desaparecidas es posible a cualquier edad. Para ello, hay que regresar a las circunstancias que condujeron a la pérdida de las muelas. ¿Cuándo y cómo perdí mis muelas, qué estaba pasando en mi vida en ese momento? ¿De qué prueba física y psíquica es reflejo la pérdida de dientes?. La pérdida de los dientes refleja la pérdida en otro nivel: empleo, domicilio, sentido o gusto por la vida. Que la pérdida sea progresiva o brutal, ella no sucede nunca sin razón. Encontrarse sin dientes es expresión de una castración principal, es la manifestación de un derrumbe, de una aniquilación de la personalidad, al menos temporal.

**Johann** perdió sus dientes entre los quince y los veinticinco años, portadores de abscesos voluminosos, se fueron extrayendo uno tras otro. Demasiada ira y rebeldía en este adolescente enfurecido, evasiva personalidad fronteriza, que sufre al sentirse incomprendido y tratado de forma injusta. La rabia que no expresa se lo está comiendo, en sentido propio y figurado. Las drogas que está ingiriendo durante este período aceleran aún más la destrucción de sus dientes. A los veinticinco años es casi un viejo que ha quemado su capital dental. Años le costará reconstruirse.

**André**, cincuenta y cinco años, ha perdido sus dientes en dos años, minados por el descarnamiento, después de un retiro anticipado y no deseado. “*Soy un hombre acabado*”, dice su boca sin dientes.

La persona sin dientes se encuentra privada de sus recursos. Como un bebé, está en un estado de dependencia y vulnerabilidad extremas: alimentarse, defenderse, expresarse le

es imposible. Aún más, en la persona desdentada, la estética está gravemente afectada. Los labios y las mejillas se hunden, la cara se derrumba sobre sí misma. La altura de la boca cae. La carencia de dientes es un ataque a la dignidad. La privación de sus dientes le impide mantenerse derecho. La postura se desploma. La prótesis (*dentadura postiza*) permite enmascarar el problema. Incluso puede representar un inicio de reparación a condición que la persona acepte reconocer el perjuicio sufrido. Muchos prefieren negar el ultraje insoportable. “*Me puso el aparato en la boca y decidí no pensar más en eso*”, declara una joven mujer. Hay pudor, vergüenza de confesarse desdentada. Las personas que hacen preguntas relacionadas con este tema lo hacen de manera velada o en privado. Muy pocos son los que se atreven decir en público que ya no tienen dientes. Es un tabú tan fuerte como el tabú sexual. A través de sus dientes el hombre pierde su potencia y la mujer su seducción. Hay quienes perderán hasta el deseo de vivir. Una joven que le pregunta a su madre ya mayor sobre el tema de la pérdida de sus dientes cuando tenía treinta años choca contra una negación total. “*No pasó nada, nada de nada*”, le responde secamente a su hija. Más de un año tendrá que pasar antes de aceptar hablarle nuevamente de ella.

La persona desdentada regresa al punto cero. ¿Tenía necesidad de tocar el fondo, el desenlace total, para reconstruirse? “*Hace dos años mi salud empezó a degradarse*”, explica Gilles. “*Al mismo tiempo, empecé a perder las piezas una tras otra. Abscesos, caries profundas. El dentista me las tuvo que sacar por razones diversas. Me ingresaron en el hospital con un cáncer en la garganta. Sin dientes, alimentada por sonda, incapaz de alimentarme, me ponían pañales como a un bebido*”. La pérdida de sus dientes acompaña el descenso al infierno de Gilles que se encuentra en estado de nutrición frágil y dependiente en su lecho de enfermo. Felizmente, después de su enfermedad, se reconstruye. “*Parece que tenía necesidad de conocer ese estado de aniquilamiento total. Ahora, estoy renaciendo. Mis fuerzas físicas e interiores están regresando. Incluso si ya ellas no están y son reemplazadas por prótesis, siento nuevamente la potencia de mis dientes en mis quijadas. Tengo la sensación extraña de que la enfermedad permitió que se operara en mí una especie de mutación*”.

Perder los dientes es comparable con la muerte, real o simbólica. La prueba puede ser el medio radical de desprenderse del pasado, de evacuar la antigua estructura antes de cambiar totalmente como preludio de un renacimiento.

## APARICIÓN

(Leer también *Diente de leche, Muela del juicio*)

La aparición de una muela marca una transformación psicológica importante. La misma materializa el paso de una etapa de la vida. La aparición de un diente puede asimilarse a un paso.

Primera etapa decisiva, el empuje de los dientes de leche anuncia la separación irreversible del niño con la mamá. El niño corta el cordón, comienza a existir por él mismo y encuentra su lugar como individuo en la familia. La aparición del primer diente de leche pone fin a la fusión representada por la lactancia. El acontecimiento, a la vez esperado y temido, llega alrededor de los seis meses. Un atraso suscita generalmente una viva inquietud. Una abuela se inquieta porque su nietecita no tiene dientes a los catorce meses. “*¿Le saldrán los dientes?*”, se pregunta angustiada. El niño que atrasa la salida de los dientes quizás tiene necesidad de prolongar el período de fusión que sigue al nacimiento. Para construirse, necesita mantener más tiempo que

otro el vínculo estrecho que lo une a la mamá. No está aún listo para enfrentar la separación o tiene miedo, para él es como un verdadero salto a lo desconocido. “¿Hay lugar para mí fuera de mamá?”. Tal vez el bebé sufre las angustias inconscientes que alimenta su madre respecto de él porque lo ve demasiado pequeño o demasiado frágil para existir sin ella. O también responde al deseo de la mamá de conservar el bebé. Este es el caso de *Mathias* a quien le salieron los dientes después de los dieciséis meses. “Sabía que después de *Mathias* no iba a tener ningún otro niño. Es cierto que tenía deseos de mantenerlo chiquitito el mayor tiempo posible”, confiesa la mamá. En un caso así, es frecuente que los dientes adultos salgan también tardíamente.

Angustiarlo por el niño cuyos dientes tardan en salir no hace más que agravar el problema, imponiéndole una presión inútil.

Más tarde, en el momento de la salida de los dientes adultos que sacan a los de leche, el niño da otro paso decisivo. Expulsa al niño que era y empieza a manifestar al adulto en que está llamado a convertirse. Esa también es una mutación, un verdadero ritual de paso cuyo rito del ratoncito es una traducción débil. La aparición de un diente adulto corresponde a la emergencia de una nueva energía. Es un brote. A cada pieza que sale le corresponde una faceta de la personalidad que se sitúa. A cada etapa, el niño adquiere una nueva cualidad, entra un poco más en el mundo adulto. Los dientes de leche que tardan en caer indican que el niño se aferra a su condición de bebe, se niega a dar el paso y crecer. La doble hilera de dientes caracteriza al niño entre dos mundos, un pie en la infancia, un pie en la edad adulta. Bebé o grande, pequeño mimado o adulto responsable: entre los dos su corazón se balancea. Para ayudarlo a situarse, es importante que los padres adopten la actitud sin ambigüedad de los que miran y tratan al niño como el adulto potencial y no como un bebe.

Ultimo diente en situarse, la salida de la muela del juicio materializa la última etapa del desarrollo: la adquisición de la madurez, la entrada en la edad adulta, la toma de autonomía. Esta vez se trata de abandonar la envoltura familiar para confrontar la realidad del mundo exterior. “¿Encontraré mi lugar en ese mundo?”, es la pregunta que sostiene a la vez los primeros brotes dentales y la salida difícil de la muela del juicio. El ciclo de la vida se repite. Los desafíos son similares, aunque de nivel diferente. El bebé al que le salen los dientes y al adolescente que sufre por la salida de sus muelas del juicio dudan ambos de la posibilidad de existir por sí mismos. La inflamación generadora de calor es un medio de luchar contra la frialdad de un mundo, sentido como extraño u hostil.

Que concierna a los dientes de leche o más tardíamente a las muelas del juicio, toda dificultad o dolor asociado a la salida indica una dificultad para vivir un paso o una transformación irreversible. Dolor por abandonar la dulzura del regazo materno cuando salen los dientes de leche, dolor por abandonar el nido familiar para emprender un vuelo definitivo en el momento en que asoman las muelas del juicio. La inflamación, el dolor, la irritación, la hinchazón de la encía o la infección son signos de que el niño o el adolescente están resistiendo a la potente energía de transformación. “Quiero seguir siendo un bebe”, dice el niño-. “Quiero permanecer eternamente adolescente”, clama el joven adulto. En ambos casos, la dificultad de salida traduce la negativa a abandonar la matriz materna o familiar, para enfrentar la “dura realidad” de la vida. Mientras más viva es la inflamación, más poderosa es la fuerza que “empuja” para crecer y más violento es el conflicto. El bebé como el adolescente lucha contra su propio deseo de

emanciparse. Los padres son quienes deben ayudarlo a dar el paso doloroso, empujándolos suave pero firmemente hacia la salida.

En nuestras sociedades donde los rituales de paso han desaparecido y donde las referencias faltan, la salida de los dientes permite al niño o al joven adulto situarse. Festejar el diente que sale para recibir la cualidad o faceta de la personalidad que representa, materializa la etapa y ayuda al crecimiento del niño. Explicarle, en términos que pueda comprender, el sentido que reviste el diente que demora en salir puede ayudarlo a pasar el umbral donde está bloqueado. Con trece años, *Isabelle* sólo mantuvo una muela de leche. Inexplicablemente, el primer premolar de abajo a la izquierda (*diente de la metamorfosis*) no salió, mientras que los otros premolares lo hicieron desde hace varios meses. La muela representa las transformaciones de la pubertad, la femineidad que Isabel no se atreve a vivir. “*Yo sentía bien que Isabelle estaba bloqueando pues, según el dentista, no había ningún motivo para que esa muela no saliera*”, explica la mamá. “*Yo vacilé un poco, luego con su consentimiento le leí a mi hija el significado de la muela*”. Explicarle a Isabelle el sentido de la muela que ella retiene en sus mandíbulas fue el disparador que le dio la autorización de transformarse. Una vez levantada la barrera, el resultado no se hizo esperar. Unas semanas más tarde, la muela cae dejándole el lugar a la muela de la metamorfosis que fue recibida y festejada como se debe.

La cronología de salida es un marcador fantástico del desarrollo psicomotor y psicológico del niño. Seguir la salida de los dientes permite acompañar al niño y comprender en cada etapa sus necesidades, eventualmente sus bloqueos y sus dificultades (que no siempre están asociadas a los padres o a la educación).

Antes no se decía extracción sino hacerse arrancar una muela. Arrancar... un término bárbaro para un acto que no lo es menos. La memoria colectiva guarda muy vivo el recuerdo de los *arrancadores de dientes que oficiaban en la plaza pública al redoble de los tambores, destinado a cubrir los quejidos de los infortunados pacientes*”.

Hoy ya no se habla de extracción sino de avulsión, incluso si el término evoluciona, la operación sigue siendo ... un arranque. El término expresa la violencia del acto que es ante todo una mutilación. Como para cualquier otro órgano (*ojo, hígado, riñón, etc.*), el retiro de una muela es una amputación. La persona pierde para siempre su integridad corporal. Aún cuando se coloque un puente o un implante para reemplazar la muela perdida, la persona será una portadora de prótesis, de una muleta, una “inválida”, privada de un apoyo físico interior.

Aún cuando las técnicas han evolucionado, en las mentalidades, extraer una muela sigue siendo síntoma de sufrimiento. Más allá del temor a sufrir se oculta un miedo más profundo, el de la muerte. Perder una pieza, es abrir una brecha en su estructura, abrir una puerta al vacío, invitar a la nada al interior de uno. El hueco dejado por la muela extraída se enfrenta a la realidad cruel: mortales, estamos condenados a desaparecer. Hemos venido de la nada (el bebé nace desdentado), a ella retornaremos inevitablemente (el anciano muere desdentado). Perder una pieza es perder de manera irremediable una parte de sí, por tanto, es un paso concreto hacia la muerte. Detrás de cada muela retirada, acecha el espectro de la dentadura postiza, símbolo de decadencia del cuerpo y de la pérdida final. “*Pierdo una muela, muero en detalle*”, decía

lúcidamente Voltaire. La muela da una lección muy difícil de aceptar. Es imposible dar marcha atrás, lo que se arruinó no se repara. La muela que se saca enfrenta la degradación irreversible del cuerpo. Una cara se rehace, una muela no se reemplaza. En una sociedad obsesionada por la búsqueda de la eterna juventud, donde envejecer esta prohibido y donde la muerte es un tabú importante, se comprende que sacar una muela sea una prueba inaceptable. Incluso oculto en el fondo de la boca, el vacío está muy presente. Imposible de no sentirlo. De ahí, sin lugar a dudas, el entusiasmo actual por los implantes. El apresuramiento por llenar el vacío está a la medida de nuestra voluntad de ocultar la vejez y de negar la muerte.

## EXTRACCIÓN

Extraer una muela sana (*para un tratamiento de ortodoncia*) o una muela que se podría tratar es un acto de una barbaridad inconcebible, inaceptable en la actualidad, fuera de circunstancias excepcionales. En caso de cirugía cardíaca, por ejemplo, se deben extraer preventivamente las muelas desvitalizadas “dudosas” debido al riesgo de infección que representan. Así, **Claire**, mujer de cincuenta años, se hace sacar todas las piezas antes de una operación a corazón abierto. La operación es un éxito, Claire se salva. Algunos meses más tarde, ella le pone fin a sus días. Según su amiga, esta bella mujer en la fuerza de la edad no soportó verse envejecer veinte años de golpe. Vivió las extracciones impuestas por la operación como una aniquilación. Se sintió desposeída de su belleza y de su dignidad. ¿Vale más morir con dientes pero enferma o desdentada y curada? Que cada cual encuentre su respuesta.

Sucede diferente con una muela profundamente afectada. Una lesión importante (*descarnamiento marcado o quiste, por ejemplo*) es un intento del cuerpo de eliminar las toxinas físicas y psicológicas que lo envenenan. En este caso, el daño es un proceso de autoprotección y hasta de autocuración: elimino (*descarnamiento*) o circunscribo (*quiste*) lo que me duele. Por su carácter brutal y definitivo, la extracción se enmarca en la prolongación del mecanismo de evacuación del cuerpo. Extraer equivale a retirar el sufrimiento acumulado, colectado por el cuerpo para protegerse. Si la persona lo comprende y lo acepta, el acto es liberador, pues descarga el cuerpo, facilita el proceso de autodepuración. La extracción es entonces un acto salvador. Sería vano e incluso peligroso tratar de conservar a toda costa una pieza que el cuerpo trata manifiestamente de eliminar. Es nocivo contrarrestar el trabajo del cuerpo queriendo mantener la muela a cualquier precio por medio de intervenciones (trasplantes u otros). Aceptada y vivida a conciencia, la extracción puede solucionar un problema, ahorrándole al cuerpo desarrollar daños más graves. Vivir la extracción a conciencia supone aceptar la “pequeña muerte” que representa el acto. Vivirla con serenidad implica voltear la página a una parte pasada de su vida, poder reconocer que las cosas no serán jamás como antes, verdadero trabajo de duelo en el que participa la expresión emocional. **Simone**, cincuenta años, explica: “*Me había preparado para la extracción, sabía que no había medio de hacerlo de otra manera. Sin embargo, cuando sentí que se iba mi muela, no pude aguantar las lágrimas*”. Y agrega: “*Siento que esa es una manera de decirle adiós*”. Como Simone, ciertas personas lloran en la silla del dentista en el momento de perder sus muelas. Derramar lágrimas por una muela puede parecer excesivo. Uno se retiene, se traga su pena, queda bien diciendo que no es gran cosa, que las hay más graves. El cuerpo expresa entonces las etapas no cumplidas de la pérdida a través de las complicaciones postoperatorias. Los dolores persistentes, hinchazón y otros fenómenos inflamatorios muestran que la persona permanece bloqueada en la etapa de la ira: “*esto no es justo, no debió sucederme*”. La persona se

reprocha tanto como reprocha al dentista, erigido en verdugo. Regresar con una mejilla inflamada o una encía supurando (*inflamación de los alvéolos dentales*) es un medio de decirle: “Mire en qué estado usted me ha puesto, he perdido esa muela por culpa suya”.

La extracción de una muela, sobre todo sana (*en caso de error médico o de tratamiento de ortodoncia, por ejemplo*), es a veces el medio radical que encontró la persona para librarse de una faceta molesta de su personalidad o evacuar definitivamente una calidad que ella no se da el derecho de expresar. La decisión de la muela “sacrificada” no es un hecho fortuito sino como una prohibición latente. **Claude** en su adolescencia perdió un primer molar de abajo a la derecha (*muela de la metamorfosis por el lado paterno*). No había suficiente espacio para los dos premolares. Fue la primera que se eliminó (representa la femineidad). La extracción muestra que Claude rechaza su naciente sensualidad, se niega a convertirse en mujer. Años más tarde comprenderá que está obedeciendo al deseo de su padre que quería un varón.

Operada sin conciencia, con la intención de liberarse de la muela y del problema que representa, la extracción puede aliviar un síntoma doloroso pero no soluciona nada. El problema se transfiere entonces a la prótesis destinada a reemplazar la muela extraída (*punte, implante, dentadura postiza*), en la articulación de las mandíbulas (*en el caso de las muelas del juicio*) donde se traduce por una lesión en otra parte del cuerpo (*leer Órganos-vínculo con*),

## **FRACTURA**

Masticando un hueso de aceituna o un pedazo de pan duro, en una caída, un accidente, una pelea, etc., existen muchas maneras de partirse un diente.

La fractura, que en algunos casos provoca la pérdida definitiva del diente, expresa una violencia indecible. La persona se siente rota, partida en el área de su vida que el diente representa. La fractura se carga a la cuenta del azar o a la falta de suerte. No, el accidente no ocurre por casualidad. Evidentemente, no hay intención consciente de partirse tal o más cual diente. Sin embargo, a través del choque, el inconsciente pone en escena la rotura interior que la persona siente. El trauma físico responsable de la fractura del alma. Los dientes delanteros, más expuestos a los choques, están ligados a la vida relacional, su fractura expresa una ruptura que afecta la vida amorosa o social. A la edad de dieciséis años, **Maud** vive su primer gran amor. Sus sentimientos no son compartidos, es rechazada brutalmente. Tres días más tarde, su bicicleta choca con una piedra atravesada en el camino de campo donde se pasea. La jovencita tropieza con un muro, balance: se partió todos los dientes delanteros. El accidente materializa la ruptura brutal que Maud acaba de sufrir. Expresa a la vez la violencia de su desconcierto y la violencia del rechazo que ella siente. “*Choqué con su rechazo*”. La belleza y la imagen de sí de la jovencita volaron en pedazos. “*No valgo nada. No soy nada porque aquel a quien amo, me rechaza*”. Después del accidente, los dientes de Maud son reparados, mal que bien. Pero desdichadamente, su alma no. La fractura interior se mantiene viva. Cansada de hacerse arreglar los dientes, que para su desesperación no aguantan, Maud opta a sus veinte años por una solución radical: que le saquen los dientes y los reemplacen con una dentadura postiza. Desdichadamente, si los dientes se eliminan, no por ello se resuelve el problema. Y ¡con razón!, la fractura interior sigue ahí. Por su propia confesión, Maud “rompe” todas sus historias de amor por miedo de que su novio descubra la existencia de su poco seductora dentadura

postiza. Los dientes que han sufrido el choque de la ruptura se convierten a su vez en pretexto para romper prematuramente. ¿Por miedo a ser nuevamente “rechazada” y tener el corazón partido? Seguramente. El espectro de la ruptura sigue obsesionando a Maud impidiéndole reconstruirse y reconstruir una vida afectiva floreciente.

Por su carácter espectacular y brutal, la fractura es un llamado de auxilio, en el niño, el llamado se dirige al padre. **Guillaume**, de siete años, se parte el incisivo lateral superior izquierdo (diente de la comunicación por línea paterna) por tercera vez consecutiva. Un golpe desafortunado contra el borde de la piscina lo partió en dos. Fue reparado por primera vez, y en una riña entre amigos recibe un golpe que lo vuelve a partir. La mordida un poco brutal de una manzana dará buena cuenta de él. El diente representa la palabra, el sentimiento de ser oído, el diálogo de hombre a hombre que el niño construye mediante el intercambio con el padre. Guillaume trata de entrar en contacto con su padre. Lo llama para ir al cine, jugar tenis, etc. Pero el padre indiferente, no responde. Guillaume insiste. Le deja papelitos con recados por todas partes de la casa, en el refrigerador, en los muebles: “*Papá te quiero. Papá eres genial*”. El padre no reacciona. No sólo no responde a las demandas de su hijo sino que se comporta como si no las oyera. Guillaume se siente negado. Choca dolorosamente contra el muro de la indiferencia que le opone su padre. “*Auxilio, escúchame*”, grita la muela de la izquierda, la de la comunicación (del lado del padre), que se rompe. Como en el caso de Guillaume, la fractura representa a veces el único medio de romper el silencio, la indiferencia o la ausencia.

La fractura es a veces un llamado de auxilio que uno se dirige a sí mismo, último sobresalto de desespero antes de la catástrofe anunciada. **Arnaud**, abogado sobrecargado y estresado, que trabaja dieciséis horas diarias, incluyendo los domingos, alcanza el límite de su resistencia nerviosa y física. En el momento de salir de la oficina, le da un mareo. Su mandíbula inferior choca violentamente con el reborde de una mesa, fracturándole los incisivos centrales inferiores (*dientes del comienzo*) que representan al niño interior. Es un llamado urgente a reconocer su fragilidad, a escuchar sus necesidades. El niño negado vocifera a su manera un llamado de auxilio: “*Escúchame, finalmente, ocúpate de mí*”. Arnaud descuida la advertencia. Algunas semanas más tarde, tiene un choque más violento, un accidente automovilístico le pone fin definitivamente a su actividad profesional.

La fractura traduce la violencia impuesta del exterior como traduce la violencia que uno se impone a sí mismo. La persona censura con brutalidad una faceta de su personalidad. De cierta manera, se está dando una cachetada para castigarse por haberse atrevido a manifestar o decir algo que contradice demasiado violentamente la educación que recibió. Cuando su marido le anuncia que la deja por otra mujer, **Sacha** se siente invadida por una violenta ira de una intensidad tal que, por una vez, ella misma se autoriza a expresarla. Rompe jarrones, pequeños adornos y destruye la mitad de la casa. De hecho, es a su marido a quien Sacha hubiera querido romperle la cara y se reprocha inmediatamente su pulsión destructora y su paso al acto. Esa misma noche, mientras comía, se fractura su primer premolar superior izquierdo (*muela de la audacia por el lado del padre*). Fracturarse la muela que representa la impulsividad, las emociones violentas y el conflicto abierto es el medio para Sacha de sancionar su movimiento de humor, una pulsión que su padre, militante no violento, habría desaprobado sin dudas. “*Me castigo por haberme atrevido a manifestar mi impulsividad y mi rabia contra el hombre*”, es el mensaje de la fractura de la muela de la audacia por el lado paterno.

## ENCÍA

Muchas veces los problemas de encía resultan más molestos o irritantes que graves. Su carácter aparentemente benigno no debe llevarnos a descuidarlos, sobre todo si se repiten, pues pueden ser el síntoma anunciador de un problema más serio. Por ejemplo, el sangramiento persistente de las encías es el primer signo de descarnamiento.

Los problemas de encías aparecen y desaparecen rápidamente. Ellos traducen en tiempo directo nuestros estados emocionales. Esta particularidad (*en relación con las caries o el descarnamiento que se forman en un período más largo*) es un valioso indicador que no debemos descuidar.

La encía es una barrera protectora. Impide que las bacterias y los restos de alimentos se infiltren entre la raíz y el hueso que recubre. La encía materializa una primera frontera con el exterior. Cuando ese límite no se respeta, se inflama o reacciona enseguida, tan pronto hay intrusión, física o psíquica. El aflujo de sangre que provoca la hinchazón de la encía es un intento de aumentar el espesor de la barrera protectora, para crear una especie de colchón capaz de amortiguar los golpes de la vida. La persona con encías sangrantes o que reaccionan fácilmente es de naturaleza particularmente sensible, se deja invadir fácilmente, no sabe decir no. Es la “víctima” perfecta, demasiado tierna, que se deja llevar por los sentimientos. Toma las cosas demasiado a pecho, reacciona demasiado rápido como un niño cogido en falta. Se siente inmediatamente señalada con el dedo, acusada personalmente. Puede ser afectada muy profunda y fácilmente pues no toma distancia frente a la mirada o al juicio de otro. Reacciona como un niño de primer grado. Relativizar los acontecimientos a la luz de la razón le permitiría que la afectaran menos directamente. Sensible a los ambientes, la persona absorbe los estrés emocionales de otros. “*Noté que mis encías sangraban cada vez que el clima en el trabajo o en la familia se hacía más pesado o más tenso*”, explica **Valérie**.

El afta es una erosión en forma de cráter que abre una brecha en el tejido mucoso. Afecta a las personas que se sienten lastimadas en lo más profundo por actitudes o palabras, sin poder o atreverse a replicar. La persona se siente a la vez ofendida e impotente. Con mucha frecuencia, las aftas se achacan a un alimento (*chocolate, queso, nuez*). Si la naturaleza del alimento juega un papel, el contexto y el ambiente en el cual lo absorbemos son también importantes. **Cécile** pensó por mucho tiempo que sus aftas se debían a la comida muy picante que prepara su suegra. Hasta el día que se dio cuenta que el mismo plato comido en el restaurante o en casa de amistades no le causaba reacciones. Más que las especies, son las pullas malintencionadas de su suegra las causantes de las aftas de Cécile.

El lugar de la boca donde se manifiesta el problema o la irritación revela el campo de su vida donde la persona carece cruelmente de protección. Una irritación localizada en el paladar evoca un problema con la jerarquía. Cada dos meses, **Patrick** sufre de forma recurrente de una inflamación del paladar que enrojece y duele como si estuviera apretado por unas pinzas. Patrick termina por establecer un vínculo con las visitas periódicas efectuadas a la sede social de la empresa donde trabaja. Cada dos meses, debe rendir un informe de sus actividades a su superior jerárquico en la empresa. “*Era muy penoso, me sentía como un niño que tiene que justificarse ante el padre. La mínima observación de mi jefe me sacaba de mis casillas*”, confiesa Patrick. Terminó cambiando de empleo y las reacciones a nivel de paladar cesaron al mismo tiempo que

las penosas visitas. El paladar representa la autoridad, las instancias superiores. Por su parte, la mandíbula inferior está vinculada con la vida personal, familiar. El lado visible o externo de la encía resuena con la vida social llevada al exterior de la casa (trabajo, convencionalismos, etc.). El lado interno u oculto de la encía remite a la intimidad del hogar, a la vida más secreta vivida en la penumbra del aposento o de la alcoba. Una irritación que se localiza abajo y en el interior (es decir del lado de la lengua) evoca un problema ligado a la pareja o a la sexualidad, tanto más íntimo si toca la zona situada bajo la lengua.

A fuerza de irritarse, la encía acaba muy a menudo por retraerse. La retracción puede también presentarse de manera insidiosa, con los años. En todos los casos, una encía retraída muestra que la persona cede terreno: impotente para defenderse o protegerse, se desarma y se deja atacar. El cuello desnudo confirma que la persona da demasiado para agrandar y tener buena apariencia. Por temor a ser juzgada o tildada de mala o de perversa, esta dispuesta a ir más allá de sus límites. La retracción de la encía aumenta artificialmente la parte emergida o visible de la muela. Es una manera de querer alardear de fuerza o de recursos que no se tienen. El niño que uno es sin confesárselo trata de dar el cambio queriendo hacerse pasar por un adulto responsable, muy seguro de sí, que asume, etc. *“Quiero parecer más de lo que realmente soy: más grande, más enérgico, más brillante”*, es el mensaje de una encía retraída. *Alice*, cincuenta y dos años, es una mujer en apariencia muy segura de sí misma. Dinámica y eficaz, maneja con facilidad un equipo de unas quince personas. Sin embargo, sus encías muy retraídas traducen una debilidad no confesa. *Alice* es una niña que juega un papel por encima de sus medios: *“Vean qué fuerte soy con mis grandes dientes”*. En realidad, se agota luchando contra su propia naturaleza.

## RECHINAR DE DIENTES

*Leer también ATM Desgaste.*

El chirrido traduce el conflicto que se desencadena entre dos polaridades que coexisten en uno, arriba (el adulto, la razón, la cabeza) y abajo (el niño, el instinto, el cuerpo). El instinto se rebela frente a la razón que trata de contenerlo y dominarlo. Rechinar los dientes caracteriza a las personas dotadas de un fuerte potencial de energía que no utilizan. La persona reprime con todas sus fuerzas una poderosa necesidad de acción que se manifiesta cuando la razón no está presente para frenarla, o sea durante el sueño. La persona se retiene de expresarse y además de pasar al acto. A *Elodie*, una estudiante, se le presentó la oportunidad de pasar algunos meses en la isla de la Reunión. Cuando llega la hora del regreso, tiene grandes deseos de prolongar su estancia. Las condiciones materiales están dadas para que se quede: consiguió trabajo y una amiga le propuso hospedarla por el tiempo que encontrara un apartamento. Sin embargo, *Élodie* no se atreve a llegar hasta el final de su proyecto y regresa a Francia de mala gana, y continúa sus estudios. A penas regresa, comienza a rechinar los dientes. El regreso lo decidió con la cabeza pero el corazón se quedó allá. Sus chirridos le muestran que se está conteniendo. La cabeza, que le pide regresar y continuar sus estudios, obliga a la pasión que exige quedarse. La victoria de la cabeza es sólo aparente. Un violento conflicto está destrozando a *Élodie*. Los chirridos se mantienen y se hacen tan penosos, que ocasionan espasmos musculares y dolores de cabeza y la jovencita acaba por ceder y parte nuevamente con la esperanza de mejorar su estado. Los chirridos cesan inmediatamente. Como *Élodie*, las personas cuyos dientes rechinan están reprimiendo su naturaleza apasionada y audaz. Refrenan su alma aventurera, activa, enérgica y conquistadora so pretexto de que *“eso no se hace”* o *“eso no es*

*razonable*” o también *“eso no reporta mucho”*. Así, los dientes de **Serge** comienzan a rechinar poco después de haber renunciado a su vida de solterón feliz para *“alinearse”* bajo la influencia de la presión familiar. Permanece sordo al mensaje que le dirige su parte ávida de libertad. Por el contrario, la reprime ferozmente para entrar en el marco razonable impuesto por su educación (en la familia de Serge, es inconcebible estar soltero con más de treinta años). Algunos años más tarde, a pesar de breves períodos de tranquilidad, los chirridos no han cesado. Serge sufre importantes problemas de nuca y hombros, su espalda está tiesa y dolorosa, las articulaciones de sus mandíbulas crujen. En cuanto a sus dientes, estos comienzan a gástarse seriamente.

Al igual que Serge, la persona cuyos dientes rechinan se desgasta a fuerza de luchar contra sí misma. Logra obligarse al precio de un enorme gasto de energía, a la medida de la potencia que retiene. Su drama es obedecer a su cabeza, sin llegar a un acuerdo con su instinto. Su inconsciente es un campo de batalla donde se enfrentan fuerzas titánicas entre la cabeza que dice *“debo”* y la pasión que ruga *“tengo ganas”*.

La persona cuyos dientes rechinan según un movimiento delante/atrás de la quijada inferior desgasta sobre todo sus incisivos. Está reprimiendo un fuerte deseo de ir adelante. Permanentemente oscila entre *“me atrevo”* y *“no me atrevo”*. Necesita autorizarse a dar un paso adelante, justamente *“para ver”* y darse cuenta que el mundo no se va a derrumbar si se atreve a responder concretamente a su deseo o a su necesidad. La persona que hace rechinar sus dientes transversalmente, moviendo alternativamente su quijada de derecha a izquierda, desgasta sobre todo sus premolares y sus molares. Se debate en un proceso de rumiatura mental que la desconecta de la realidad: *“Debí haber hecho esto, si hubiera que volverlo a hacer, etc.”* También es posible que se pregunte indefinidamente cómo hacer: *“¿cómo anunciarle que quiero dejarla? ¿Cómo hacer para cambiar de giro?”*.

La persona necesita autorizarse para tomar una decisión y mantenerla (aún cuando más tarde se dé cuenta de que esa decisión no fue buena). Plantear una decisión y ejecutarla la ayuda a hacer contacto con la realidad y a salir de la cavilación mental en la que gira como un animal enjaulado.

Frente a un problema de rechinar dientes, el buen juicio quisiera que la cabeza suelte el control y actúe no contra, sino de acuerdo con el instinto. Si la persona logra ceder, como Élodie, el combate cesa y el rechinar para. Si la persona no lo logra y se encapricha, la formidable energía que contiene acaba por destruirla. El eslabón más débil es el primero en ceder: articulación de las mandíbulas, huesos que sostienen la muela, espalda, etc. Entre las personas más resistentes, el hueso y las articulaciones aguantan pero es la muela, órgano más duro, quien acaba por desgastarse. A veces, desaparece completamente, nivelada a ras de la encía. Sin embargo, el combate no ha terminado, puesto que el fenómeno de desgaste prosigue en las prótesis. Si la persona se pone enseguida una dentadura postiza, la desgastará de la misma manera.

Los niños no están exentos de rechinar de dientes. El joven puede expresar una angustia (incluso una ira) latente asociada a su incapacidad de ubicarse en el seno de la familia o entre padres que se destrozan entre ellos.

Así, **Julián**, seis años, rechina los dientes desde que le salieron. Hijo de padres que tenían cada uno hijos de una unión anterior, Julien es pieza clave para la recomposición familiar. Sus padres esperaban poder reconstruir un hogar alrededor y a partir de él.

Desdichadamente, un clima hostil reina en la familia destrozada pues los hijos mayores de la pareja no se llevan. Julien nace y crece en medio de conflictos. Por el rechinar de los dientes expresa su imposibilidad de ubicarse en medio de unos hermanos divididos y su impotencia para cumplir la misión inconsciente de la que lo han “encargado” sus padres: reunir dos familias, dos linajes, dos historias. Al rechinar sus dientes, está expresando su sufrimiento por ser rehén de algo que lo supera.

## IMPLANTE

Hacer renacer los dientes es sin dudas uno de los más antiguos sueños de la humanidad. Si el implante más viejo que se conoce hasta la fecha se encontró en un cráneo de siete mil años, fue necesario esperar el final del siglo XX para que la técnica desarrollada desde los años sesenta se generalizara. La implantología representa el avance más fantástico en materia de cuidados dentales. Mantener una prótesis allí donde ya no hay diente representa en sí una revolución. La técnica seduce a un número cada vez mayor de personas. Actualmente, jóvenes y menos jóvenes recurren a ella. “¿Existe un reverso de la medalla?”

El implante reposa en la necesidad legítima de recuperar los dientes, la juventud, la belleza, la potencia, el apetito de vivir. El terreno, es decir, el hueso en el que se implanta la raíz de titanio, es determinante. Varía de una persona a otra y de un sector al otro de la mandíbula. Su densidad, su calidad es esencial para el éxito. En ciertos lugares, el hueso es firme, ofrece una buena resistencia. En otros, es blando, friable. El hueso carga la memoria del órgano dental desaparecido. El sufrimiento, inscrito en la pieza perdida, persiste a nivel de la matriz ósea. Extraer una muela no basta para evacuar toda la memoria que allí está asociada. La huella de un sufrimiento demasiado vivo será la causa del rechazo del implante. **Sonia**, seductora mujer en la fuerza de la edad, no prevé ponerse una dentadura falsa. Decide la reconstrucción completa de su dentadura.

Se hacen diez implantes destinados a soportar una prótesis fija. Todos son tolerados, con excepción de uno solo. Dos intentos sucesivos se saldaron por un fracaso, para gran asombro del cirujano que no comprende por qué su paciente, que cicatriza muy bien, se obstina en rechazar ese único implante. El cuerpo de Sonia parece intolerante en esta zona precisa, ¿Por qué? Reflexionando sobre esto, Sonia recuerda que en ese lugar se encontraba una pieza extraída por causa de un absceso. Aparentemente, el hueso está bien reconstituido. Sin embargo, en las profundidades, el inconsciente ha guardado la huella de la carga emocional, dolorosa, materializada por el absceso. El implante no puede enraizarse en una llaga abierta a pesar de los años.

Colocado en un terreno que no está listo para recibirlo, el implante es un engaño. La persona trata de engañarse: “no, no es cierto, no ha terminado, soy joven, soy fuerte. La prueba, tengo dientes verdaderos atornillados en las mandíbulas”. La muela impide la integración del implante. Más que cualquier otra prótesis, el implante se debe abordar como una reconciliación consigo mismo o al menos con la parte que sufre que el diente representa. Contrariamente a la corona o al puente que se apoyan en una muela que, incluso en mal estado, todavía existe, el implante cae directamente en el tejido vivo y adaptable que es el hueso. Toca el corazón y la base de nuestra estructura. El implante plantea la pregunta del arraigo: “¿estoy listo para recuperar, para darme mis raíces?” La varilla implantada en el hueso que hace las veces de falsa raíz ¿está verdaderamente integrada o sólo es tolerada? Esa es la interrogante. En el primer caso, se puede hablar de reparación en el sentido verdadero. En el segundo caso, la persona se impone una

obligación enorme esforzándose en mantener en su estructura un cuerpo que sigue siendo extraño, aún cuando da la impresión de mantenerse. Es un acto de una violencia extrema que no deja de tener consecuencias. El rechazo del implante, la osteítis (infección del hueso) u otros problemas más insidiosos (vértigos, cefaleas, agotamiento crónico, molestia o dolor difuso) sancionan la violencia que la persona se inflige en nombre de la apariencia. El cuerpo es un niño frágil que pide que se le respete. El respeto reside en la decisión de la terapia y en la manera de abordarla. Proporcionarse a uno mismo una muela (*o dársela en el caso de agenesia*) como uno se haría un regalo pertenece al campo de la cura. Hacerse implantar sin conciencia una varilla de metal es del campo de la autoflagelación. La colocación de un implante exige el sacrificio de una cantidad de huesos equivalente al volumen de la varilla implantada. Según el espíritu con que se aborda la intervención, el implante materializa la culminación de un proceso de reconstrucción interior y exterior o por el contrario la última tiranía que le impone la mente al cuerpo. Puesto o más bien impuesto sin respeto ni conciencia, el implante es una sobrepuja en el combate iniciado contra sí mismo. *“Esta muela que nunca salió (o nunca creció), ¡esta vez la tengo! Está atornillada en mis mandíbulas para siempre”*.

El hueso materializa el reservorio de energía vital. Su potencial de regeneración lo hace capaz de tolerar numerosas obligaciones. No obstante hay que tener cuidado con las fugas de energía provocadas por trabajos demasiado ambiciosos. Con los implantes también puede ser peligroso vivir por encima de sus medios.

### **IMPLANTACIÓN** (*Leer también Ortodoncia*)

Los dientes no se implantan al azar. Los dientes atravesados no son culpa ni de *“la falta de suerte”* ni producto de los riesgos de la herencia. ¡No, la herencia no juega a los dados con nuestros dientes! La manera en la que se colocan traduce la dinámica de la personalidad, dice nuestras reacciones y nuestras tomas de posición frente al mundo. La implantación de los dientes describe precisamente la manera en que una persona se ha construido en reacción a las dificultades o a las faltas encontradas en el medio en que ha crecido. El eje de la muela es la manifestación del psiquismo. El eje desviado traduce un intento de compensar un desequilibrio, a la manera del árbol cuyo tronco se tuerce para recuperar la verticalidad. Una muela torcida traduce también el intento de restablecer el equilibrio, un poco como cuando uno se contorsiona para quedar de pie en condiciones precarias, en un plano inclinado por ejemplo. La persona que no tuvo condiciones ideales para desarrollarse y afirmarse, trata de compensar haciendo demasiado o no bastante.

La muela que sale hacia delante traduce la tendencia exagerada a la expansión o a la extra versión. La persona trata de coger, de ir a buscar en el exterior lo que le falta, compensa su falta de manera activa. Un incisivo superior (*diente de la radiación*) que avanza demasiado traduce una necesidad exagerada de atención. La persona trata de destacarse. Tiene necesidad de hacerse notar, de que se le admire porque no fue suficientemente valorizada durante la infancia. La persona ya no está en su eje, hace demasiado, lista para hacerse destacar en todas las maniobras o para aceptar todos los compromisos para obtener un poco de estima. La muela que avanza es el signo de una personalidad invasora que invade el territorio de otro. El niño cuyos dientes avanzan está buscando límites que sus padres no dan. En la edad adulta, tiene todas las probabilidades de creerse el centro del mundo.

Dientes implantados hacia atrás muestran que, confrontada a la misma necesidad de atención, la persona reacciona poniéndose en la retaguardia. De naturaleza introvertida, se repliega en sí misma: “*No soy interesante, ¿para qué hacerme notar? Más bien voy a tratar de hacer que me olviden*”. La persona se encierra en un mundo imaginario, se confina en su torre de marfil, fingiendo no necesitar de nada ni de nadie.

En el seno de una familia, estudiar la posición de los dientes de cada niño permite comprender qué estrategia emplear para ocupar su lugar. *Katia* y *Marie* son hermanas. David, el hermano mayor, dotado de una fuerte personalidad, es el niño mimado de la familia. En su sombra, las dos hermanas gravitan como pálidos satélites y tratan de existir como pueden. Katia, la más joven, se comporta como un perro furioso. Sus dientes, muy hacia delante, traducen su temperamento exuberante. Katia hace payasadas encadenando bobadas tras bobadas, con tal de llamar la atención: “*Si no puedo ser la mejor* (lugar ocupado por el hermano), *voy a ser la que más mete la pata*”. Marie, la del medio, es modesta e introvertida como lo muestran sus dientes hacia adentro y bastante recubiertos (*supraocclusion*). Es la intelectual de la familia. Se encierra en su cuarto para estudiar durante horas. Pequeña sonrisa discreta, oculta detrás de sus lentes, a penas se le nota. Desaparece, eclipsada por su hermano mayor y su hermanita más joven. Estudiosa en extremo, sólo existe a través de los resultados escolares brillantes que obtiene y que le valen una determinada admiración en la familia.

La implantación de los dientes revela nuestras estrategias de supervivencia. Los dientes que pasan delante de otros corresponden a las facetas que la persona esgrime porque se siente más fuerte o más cómoda en los campos que ellas representan. Los dientes que pasan detrás corresponden a las partes que uno necesita ocultar porque las considera vergonzosas o vulnerables. Por ejemplo, una persona que se sienta más cómoda hablando que mostrándose tiene incisivos laterales (*dientes de la comunicación*) que pasan delante de los incisivos centrales (*dientes de la radiación*). E inversamente.

La implantación de los dientes revela nuestras creencias y nuestra manera de ver el mundo. Es inútil querer enderezarlos sin haber comprendido antes el mensaje que ellos están transmitiendo, de lo contrario es violentar al individuo, oponerse a su temperamento y privarlo de una solución de supervivencia. ¿Y qué hay, por ejemplo, con el niño con dientes hacia adelante que para existir necesita que lo vean y que obligamos a ponerse en fila echándoselos para atrás? Los dientes no son libros que se ordenan en un librero. La visión mecanicista de la implantación conduce al desprecio profundo del individuo y hasta el saqueo de su personalidad. El desconocimiento del desequilibrio psíquico oculto detrás del desequilibrio mecánico conduce al fracaso del tratamiento. Que uno sea padre o uno mismo candidato al “enderezamiento” de los dientes, es una realidad que no se puede ignorar, so pena de aumentar la separación entre alineación interior y alineación posterior.

## **INCISIVOS**

Los incisivos son dientes planos que cierran la boca en su parte delantera. Son los dientes de la fachada, de la apariencia. Representan la vida relacional: exhibirse (*incisivos centrales*) e intercambiar (*incisivos laterales*). Son poco sólidos, para que duren necesitan el apoyo de los molares. La persona que solicita demasiado los incisivos carece de arraigo, tiene tendencia a proyectarse en un mundo virtual, hecho de conceptos y de ideas, desconectado de la realidad. Signo de los tiempos, por el hecho

de los tratamientos de ortodoncia y de las extracciones “preventivas” de premolares, los incisivos toman un lugar desmesurado en relación con los otros dientes. ¿Será el reflejo de nuestra civilización de la imagen?

El incisivo central representa lo que se pone a la vista, lo primero que se muestra: la imagen. Esta es, de cierta manera, como nuestra carta de visita. Su superficie plana es la pantalla blanca sobre la que se proyecta la imagen de sí, imagen social (*arriba*), imagen íntima (*abajo*). La personalidad se enmarca en él por entero. De todos los dientes, es el más presente, aquel del que estamos más conscientes. En la estructura del esquema corporal, ocupa el primer lugar. E incluso, representa la identidad, el yo individual: quien soy, cómo me percibo y cómo me muestro. ¿Soy bien parecido, brillante, radiante con todo el brillo blanco de mis incisivos? O por el contrario, ¿soy retraído, insignificante, con un sentimiento de fealdad o de vergüenza que se me pega en la piel, semejante a mis incisivos pequeños y grises que parecen decir: “*olvidenme*”? Sea cual sea la imagen que tengo de mí, el incisivo central la refleja y ahí no puedo engañar (*leer implantación*).

Los incisivos centrales son los dientes más frágiles, expuestos a los choques, a los traumas físicos y psicológicos. Los duros golpes a la autoestima dejan una marca indeleble a través de carie, fractura, cambio de tinte, etc. Si la persona los sufre, quien paga los platos es el incisivo central, ocupante de las primeras butacas. Su lesión es reflejo de una herida narcisista que la mejor lograda de las coronas o de las restauraciones nunca permitirá que se olvide totalmente. “*Incluso si mis coronas están muy bien hechas, siempre tengo en la mente que no son mis dientes. No soy verdaderamente yo y siempre tengo el temor de perderlos*”, nos cuenta **Hélène** cuyos incisivos centrales han sido reparados después de un accidente. La fractura (*caída accidental, pelea, etc.*), testimonia en ese caso la aniquilación de la imagen de sí.

El incisivo central es el espejo de nuestra realidad profunda con la cual es difícil engañar. Sucede que esta nos traiciona, mostrando a plena luz la tristeza o la desvalorización que nos gustaría ocultar a los otros y sobre todo a sí mismo. Así, **Nadia** ve como sus incisivos se empañan poco a poco, a pesar de los repetidos cepillados, por no decir intensos. Pulidos, eliminación de sarro, nada cambia: unas manchas grisáceas, especie de “herrumbre” del esmalte, colonizan poco a poco la superficie de los incisivos. A pesar del período de depresión por el que está atravesando desde hace varios meses, Nadia mantiene un buen aspecto. Frente a sus familiares, amigos y a su marido, logra engañar, aparentando que todo está bien. Se ha cubierto con una máscara de jovialidad, a la que nada le pasa y a la que todo le sale bien. Ese papel la mina y sus dientes le muestran que es tiempo de dejar caer la máscara. El aburrimiento interior, no reconocido y no aceptado, sus incisivos centrales lo transparentaban, como para enviarle el mensaje: “*Acéptate, acepta mostrar abiertamente la tristeza, las imperfecciones y las debilidades*”.

La mancha o la carie que se forma en el incisivo central muestra que la persona siente que es el blanco de ataques. Se siente señalada, juzgada, vigilada. El mensaje es particularmente fuerte cuando la carie afecta a los incisivos en el medio, revelando una mancha oscura que daña el pleno centro de la sonrisa. Es un eclipse de la personalidad que traduce un sentimiento de desvalorización tal que la persona puede sentir deseos hasta de desaparecer (*incisivos superiores*) o de morir (*incisivos inferiores*).

### **INCISIVO CENTRAL SUPERIOR O DIENTE DE LA RADIACIÓN**

Es el diente más importante de la boca desde el punto de vista psicológico, podríamos prescindir de cualquier otro pero no de este. El diente de la radiación es la estrella de la sonrisa, su punto de mira. Focaliza las miradas, cristaliza nuestras angustias y nuestras heridas narcisistas. Bajo los fulgores de las candilejas, es el más visible y el más expuesto. Si la menor de las lesiones empañara o aminorara su brillo, toda la sonrisa y hasta toda la belleza del rostro lo sufrirían. Es frecuente ver llorar a algunos pacientes cuando sufren la extracción de este diente. Muchos se angustian de sólo pensar en perderlo. El representa la radiación de la personalidad, el brillo, la belleza, el hecho de brillar en sociedad, de valorarse, de mostrarse en público. Focaliza la imagen de la personalidad adulta, la envergadura social. El incisivo central izquierdo representa la faceta masculina construida a través de la mirada del padre, el incisivo derecho la faceta femenina construida a través de la mirada de la madre. Una lesión traduce el sentimiento de la pérdida del prestigio, la consideración, el honor, o de ser acusado o por el contrario ignorado. La lesión refleja el desastre interior asociado a un desengaño, a una pérdida de autoestima: *“Perdí mi trabajo, mi pareja me rechaza, soy un caso perdido, un fracaso, no merezco ningún reconocimiento, etc, “ (caso de Maud página 39 o de Nadine página 23 , o el rechazo de la identidad adulta (caso de Lisa (página 52).*

### **INCISIVO CENTRAL INFERIOR O DIENTE DEL COMIENZO**

El incisivo central inferior es el más pequeño de nuestros dientes, representa el más vulnerable en sí: el niño que viene al mundo, desnudo, frágil y desprovisto, recibido por el papá (diente derecho), por la mamá (diente izquierdo). Este diente representa la personalidad íntima, la faceta de sí que sólo desarrollamos en el círculo de los íntimos, en el marco protegido de la familia. Implantado en una zona dotada de un fuerte potencial vital, el diente raramente es afectado por una carie, es más frecuentemente afectado por el sarro y el descarnamiento que traducen la impotencia del niño entregado a la rudeza del mundo. El diente se arruina cuando la persona se siente herida en lo más profundo de su intimidad, cuando sus necesidades vitales se descuidan (*caso de Arnaud página 40*), en caso de una grave depresión o de necesidad de eliminar un trauma asociado al período prenatal o al nacimiento (*caso de Amélie página 53*)

### **INCISIVO LATERAL**

Dientes de la comunicación y la relación

El incisivo lateral representa el encuentro con el otro. *“Te invito a intercambiar”*, dice el diente, *“hablemos, recapacitemos”*, dice el incisivo superior (*diente de la comunicación*), *“ven, conversemos”*, dice más familiarmente el incisivo inferior (*diente de la relación*).

El incisivo lateral es el diente del lenguaje, de todos los lenguajes: verbal por medio de la palabra y no verbal (*gestual, mímico, actitud*). Es el diente de la convivialidad, del intercambio. Este diente se descubre sólo cuando se habla o se sonríe. Acogemos al otro, tratamos de comprenderlo, de congeniar con él. El incisivo lateral representa el vínculo, la interacción, el diálogo, ya sea íntimo (*incisivo inferior*) o social (*incisivo superior*). El diente encarna el encuentro, el hermano humano con el que se establece el contacto. El incisivo lateral es el diente de la hermandad, en el sentido de la fraternidad humana y familiar. Representa a los hermanos, hermanas, de sangre primeramente, de corazón después.

Toda la ambivalencia de la relación con el otro se lee en la posición o el estado del incisivo lateral.

Las personas que no han formado este diente (*agenesia*) no han integrado la presencia del otro en su estructura (Gaël página 9). El otro no existe para ellas. ¿Por qué? ¿Porque representa un peligro, un rival potencial, un eterno ausente? Es el síndrome del hijo o de la hija única que se siente muy solo y al mismo tiempo se cree el centro del mundo. El otro no cuenta, el otro es un enigma, “*no puedo comprenderlo pues no lo veo, no lo siento*”. ¿Cómo dialogar con el ausente?

El incisivo lateral que desaparece detrás de los otros dientes muestra el deseo inconsciente de escamotear al otro, de reducir su influencia. “*Quiero ser el primero, pasar delante de los otros*”, dicen los incisivos laterales a penas visibles de este menor de una familia numerosa. Ellos traducen el deseo inconsciente de hacer desaparecer una hermandad en el seno de la cual, por ser el último y más pequeño, le cuesta encontrar su lugar.

Por el contrario, las personas con los incisivos laterales delante de los centrales sitúan al otro delante de ellas: “*el otro es más importante que yo*”. Se borran delante de él, ocupando el lugar del eterno segundo. *Jeanne* que tiene ese tipo de implantación creció en la sombra de una hermana mayor brillante que admira y venera. La convicción profunda de Jeanne es que no le llegará jamás a la suela de su zapato. Sin embargo, un día, los incisivos laterales, que recubren ligeramente los centrales, se carían, advirtiéndole a Jeanne que necesita salir de la sombra para ocupar el primer lugar. Durante ese período, sus relaciones con su hermana se deterioran. Jeanne necesita destruir simbólicamente a su hermana para salir de su influencia y ser ella misma.

### **INCISIVO LATERAL SUPERIOR O DIENTE DE LA COMUNICACIÓN**

El incisivo lateral superior representa el hecho de hablar, de expresarse frente a los otros, delante del mayor número y abiertamente. El representa la capacidad de hablar de igual a igual con el padre (diente izquierdo), la madre (diente derecho), luego de tomar la palabra en el marco de un intercambio codificado u oficial, en un contexto profesional o social. Es el diente del orador, del comunicador que hace carrera con la palabra. El diente se estropea cuando hablar en público se convierte en un problema. Así, *Renaud*, abogado y orador de talento, desarrolla un problema de descarnamiento en el incisivo lateral superior, del lado izquierdo. La lesión traduce una profunda lasitud asociada a la palabra con la que ejerce su profesión: “*Estoy cansado de gastar saliva defendiendo criminales*”. El diente puede arruinarse de manera brutal cuando la persona tiene el sentimiento que le han cortado la palabra cuando tenía algo importante que decir. *Eric* trata de intervenir en varias ocasiones durante una reunión de trabajo. Nadie lo escucha ni lo toman en serio. Su jefe lo corta y da la palabra a otros. Esa noche, queriendo clavar una puntilla, Eric hace un falso movimiento y se golpea violentamente el diente con el martillo. La fractura y el dolor que siguió expresan la ira y la frustración de haber sido impedido de hablar de un proyecto que le interesa mucho.

### **INCISIVO LATERAL INFERIOR O DIENTE DE LA RELACIÓN**

El incisivo lateral de abajo representa el hecho de hablar en el marco protegido de la intimidad. Aquí, se murmuran confidencias con tono de secreto. El diente representa la relación con el padre, el amor por el papá (diente derecho), la mamá (diente

izquierdo), y más tarde para el hombre o la mujer, el amigo o la amiga, el o la amante). La relación afectiva es a veces imposible, por ejemplo a causa del fallecimiento prematuro del padre. El incisivo lateral de abajo lleva entonces los estigmas del drama. **Lisette** no formó (agenesia) el incisivo lateral de abajo derecho, traduciendo la imposibilidad de establecer una relación afectiva con el papá. Su papá, ya enfermo en el momento de su concepción, muere poco tiempo después de su nacimiento. ¿Sabía Lisette *in utero* que no podría establecer vínculo con él? Es probable. La ausencia de formación del *diente de la relación* expresa a la vez una prohibición: “*me está prohibido amar a mi papá*”, y una protección: “*me prohíbo amarlo para no sufrir*”. El diente representa las relaciones amorosas anudadas con el hombre (diente derecho) o la mujer (diente izquierdo) de su vida. El incisivo lateral inferior sufre abandonos o fracasos de la vida afectiva. Su estado es un indicador privilegiado de la vida amorosa. **Sylviane** se siente poco a poco desatendida por su marido. La llama de los primeros tiempos se va apagando lentamente. El diente de la relación inferior derecho, que representa la relación afectiva con el hombre, se va poniendo gris. El empañamiento del diente traduce la monotonía de los sentimientos. La necrosis (*pérdida de vitalidad*) que se ha instalado insidiosamente traduce la extinción del amor: “*el amor muere*”, es el mensaje del diente.

### RETENIDA (MUELA)

Una muela retenida es una muela que se formó en el interior de la mandíbula sin hacer aparición. Una muela puede permanecer retenida a causa de la falta de lugar (*mandíbula estrecha*), debido a un problema de eje (*la muela tropieza con la muela vecina*) o a veces sin obstáculo aparente.

Sea cual fuere el origen, mecánico o puramente psicológico, la muela retenida traduce un bloqueo importante. La cualidad que representa la muela retenida permanece reprimida. En estado embrionario, como la muela, hay grandes oportunidades de que no se desarrolle nunca (salvo que haya una toma de conciencia real y se haga un trabajo interior). La persona cree que le está prohibido expresarse abiertamente en el campo que la muela representa. Cree que tiene que ocultar una faceta de su personalidad, callar una cualidad. “*De ninguna manera debo dejar ver este aspecto de mí*”. La persona cree que en caso de que se arriesgara a manifestar esa cualidad, se expondría a un peligro o a una sanción terrible. La creencia responsable del bloqueo se manifiesta muy temprano, durante la tierna infancia, en el nacimiento, a veces desde la vida fetal. A la edad de diez años, **Camille** (un varón) tiene un canino retenido abajo a la derecha (*diente de los orígenes*). La anomalía se le detecta porque la muela de leche no caía. La muela representa en un individuo del sexo masculino la identidad sexual, la virilidad. Después de un primer varón, los padres de Camille querían una hembra. El bloqueo tiene lugar en el momento en que los padres descubren el sexo del niño: expresan su decepción al nacimiento de Camille (*en otros casos, gracias a los progresos de la ecografía, es mucho más temprano*). El bebé registra la información que para ser aceptada, hay que ser niña. De ahí concluye que para hacerse amar debe ocultar su virilidad. La muela cuyo eje oscila en posición horizontal traduce la prohibición sellada en este aspecto de la personalidad. Evidentemente, una disposición así no favorece una sexualidad realizada. Camille está programado para disimular su pertenencia al sexo masculino. Corre el riesgo de desarrollar un lado afeminado, una homosexualidad, incluso una sexualidad desviada porque el acto sexual (*canino o diente de los orígenes*) sólo puede ser vivido a la sombra, en secreto, o de manera desviada.

El diente que se voltea noventa grados sobre su eje, como en el caso de Camille, indica un bloqueo muy antiguo. El bloqueo puede producirse más tardíamente a través de la educación que la persona recibe o del medio en el que evoluciona (*el cambio de eje es entonces menos marcado*). El sector de la boca donde la muela está retenida da la clave del problema y permite comprender con qué padre está asociado el bloqueo. De esta manera, **Mariette**, de cincuenta años, tiene un canino retenido en el sector superior derecho (asociado a la madre). La muela nunca salió. Un puente reemplaza al canino que se desarrolló en el interior de la mandíbula. El canino superior (*muela de la voluntad*) representa la potencia personal. Mariette aprendió muy joven a someterse a la voluntad de una madre muy autoritaria que no tolera ninguna rebelión. “*Mi madre era muy gentil, pero era una mujer inflexible, tenía mano de hierro en guante de terciopelo*”, recuerda Mariette. “*Cuando decidía algo, había que obedecer. Nunca cedía. Siempre recordaré haber permanecido tres días enteros castigada en mi cuarto hasta que acepté ponerme el vestido que ella me había escogido*”. En el caso de Mariette, el exceso de autoridad bloquea la evolución de la muela. A veces un exceso de protección tiene un efecto similar. El padre por demasiada atención o por los temores que proyecta en su hijo, perjudica la cualidad que le corresponde a la muela. **Bastien**, adolescente de trece años tiene un canino retenido en el sector superior izquierdo (*diente de la voluntad por el lado paterno*). Su padre, que seguramente ve a su hijo más joven y más indefenso de lo que es, no lo deja hacer nada por sí solo. En cuanto el jovencito encuentra la menor dificultad, corre en su auxilio. Si Bastien tiene que pasar una noche en casa de los amigos, el padre se inquieta y telefonea cada hora para verificar que todo está bien. Actuando así, está dificultando la combatividad de Bastien. Le dirige el mensaje expresado por el canino retenido: “*Eres débil, no eres capaz de defenderte*”.

La muela retenida puede permanecer toda la vida en estado latente en la mandíbula, mostrando que también la cualidad correspondiente sigue dormida, en estado potencial. Algunas veces, la muela se desarrolla y forma una raíz completa en el interior del hueso. En ese caso, la persona se atribuye el derecho de vivir o de sentir el campo correspondiente a la muela pero bajo determinadas condiciones y en el mayor secreto, lejos de las miradas indiscretas. **Jacqueline** mantuvo un primer premolar inferior derecho (*muela de la metamorfosis*) retenido y parcialmente formado. Los tabúes asociados a su educación le prohíben vivir su femineidad y su sensualidad con el hombre (lado derecho) de manera distinta que en la oscuridad más total.

Los tejidos embrionarios que rodean la muela retenida (*saco pericoronario*) pueden desarrollarse y formar un quiste pericoronario. Cuando el quiste se hace demasiado voluminoso o se infecta, se debe extraer la muela. La infección significa que la persona ya no puede retener la cualidad que la muela representa. El enojo en relación con el padre que le impone contenerse es entonces extremo y necesita encontrar un exutorio.

A veces, la muela hace su aparición tardía y notable, en ocasiones a una edad avanzada. “*¡Ya no hay peligro, al fin puedo salir y expresarme!*”, dice la muela que despunta en la mandíbula. La aparición de una muela retenida es un signo positivo. La persona se liberó de un bloqueo, puede finalmente acceder al campo representado por la muela. Muy sorprendida **Marthe** ve aparecer a la edad de sesenta años una *muela del juicio* cuya existencia ignoraba. Un ligero retortijón en la encía la alerta. La *muela del juicio* de arriba a la derecha (*lado de la madre*), hasta entonces retenida, está saliendo. Marthe se concede finalmente el derecho de acceder a su intuición femenina (*lado derecho*),

“¡A mi edad, al fin voy a ser juiciosa!”, piensa divertida. Ella no sabe cuánta verdad está diciendo. Contenida e influenciada por una madre de moral rígida, Marthe se atreve ahora a superarla para ser plenamente ella misma. Es un bello regalo, un nacimiento, un desarrollo de la madurez.

## LUXACIÓN

La luxación es la lesión dental más espectacular. Ella afecta sobre todo al niño o a la persona joven. Bajo el efecto de un choque violento, el diente es expulsado, arrancado de su cavidad. ¿Qué violencia interior puede producir un desgarramiento así? ¿En nombre de qué imperiosa necesidad, la persona tiene la necesidad vital de eliminar de su estructura la faceta de ella misma representada por el diente?

Seguramente, el choque físico que produce la luxación no llega por casualidad. Es la prolongación de una tensión insoportable que únicamente la eliminación total de la muela puede aliviar de golpe. Esa tensión es el reflejo de una ira fuerte que está asociada con una fuerza vital inaudita. Es por eso que la luxación es característica de las personas jóvenes (*independientemente de las razones bioeconómicas asociadas a la laxitud del ligamento*).

La luxación es una dislocación. “¿Qué tengo que extraer de mí para continuar viviendo?”, es la pregunta planteada por la luxación. Responderla es la clave de la cura. Mientras el dolor, verdadero géiser interior que ha hecho “saltar” la muela (*así como se hace saltar el corcho de una botella de champaña*), no haya sido identificado y liberado, será en vano esperar reconstruir duraderamente en ese terreno minado, altamente explosivo.

**Lisa** ya pasó por esa difícil y dolorosa experiencia. A la edad de siete años fue víctima de un accidente automovilístico. Su madre está conduciendo. Frenazo brutal. Lisa sale proyectada hacia delante. Sus dientes chocan contra el cabecero del asiento delantero. Gusto a sangre en la boca, gran hueco arriba: los incisivos centrales (*dientes de la radiación*), recién salidos, fueron expulsados por el impacto frontal. El padre de Lisa los encuentra al día siguiente, en el suelo del carro. ¡No más incisivos!, pero bajo el labio, queda un gran vacío. No más imagen de sí, de identidad. En el caso de Lisa, los dientes fueron expulsados cuando apenas acababan de salir. Lisa expulsa su identidad de persona adulta. “No quiero ser adulta, quiero seguir siendo niña, volver a antes de que me salieran los dientes, antes de los siete años”. ¿Qué pasó en la vida de esta pequeñita de siete años? Llamada edad de la razón, siete años es la edad de las primeras tomas de conciencia de la realidad del mundo adulto. Es la edad de las primeras desilusiones. A los siete años, se sale de la infancia. La ruptura se materializa por la emergencia de los incisivos superiores. Hay que aprender a ser grande, a mostrarse razonable, a comportarse como adulto... Además de ese jalón, difícil para cualquier niño, Lisa confronta otra prueba: su padre, enamorado de una mujer que conoció hace poco, tomó la decisión de abandonar a la madre de Lisa. La niñita rechaza la insoportable realidad. “No quiero ver eso, quiero volver atrás”, à la época en que todavía no tenía dientes de leche, cuando era feliz, rodeada de mis padres que se amaban”. Rechazar sus incisivos centrales, asociados al hecho de ver y de ser vista es una manera para Lisa de rechazar la fealdad del mundo y continuar identificándose con la niñita mimada, centro de una familia unida. La ira y la rabia, aún presentes años más tarde, no permiten que las prótesis resistan. Aparato, puente, implante, Lisa rechaza todos los intentos de reconstrucción protésica. Al filo de los años, el problema se

agrava. Los incisivos y los caninos deben ser desvitalizados para servir de soporte a un puente. En vano, pues los dientes se arruinan y el puente no resiste. A nivel de los dientes faltantes, una resorción importante del hueso muestra que la llaga interior no está curada, a penas se ha cerrado en la superficie. Para Lisa, sanar supone regresar a sus siete años, al acontecimiento central pero oculto que es la dislocación del núcleo familiar y de la pareja paterna; ella necesita aceptar el desgarramiento y la ruptura ineludible con la infancia que representan los incisivos centrales.

A veces, a través de la luxación de la muela de la radiación el niño o el adolescente quieren arrancar de sí, con un grito que suena como un aullido desesperado, la imagen del progenitor: *"No quiero parecerme a ti"*. Más raro aún, cuando el canino se afecta, es su propia violencia que el niño quiere extirpar, como una especie de exorcismo. El padre de **Guy** es alcohólico. Respeta a sus hijos, pero tiene la triste costumbre de descargar su furia en su mujer. Guy aprieta los puños de rabia frente a ese padre violento contra el que no puede luchar. El día que cumplió trece años, Guy se interpone para proteger a su madre. Sin llegar a golpearlo, el padre lo aparta con brutalidad. La cabeza de Guy choca contra el reborde de la maciza mesa de roble de la cocina. El canino inferior derecho (*diente de los orígenes por la parte paterna*) sale expulsado. En un paroxismo de rabia e insubordinación, Guy expulsa el diente que representa la potencia viril en estado bruto. El hijo opera así una especie de autocastración: *"Prefiero renunciar a mi fuerza de hombre antes que arriesgarme a convertirme en alguien brutal y violento como tú"*. La luxación del canino expresa la impotencia de Guy confrontado a un padre cuya fuerza física lo supera, y el rechazo visceral del hijo por la violencia paterna: *"mejor amputarme que parecerme a él"*.

Eliminar la muela por la luxación puede corresponder a la necesidad de evacuar de un golpe la memoria sufriente que esta asociada a ella. Se trata de un sufrimiento intenso, extremadamente profundo, que la persona sólo puede eliminar brutalmente, como se arranca un esparadrapo para que duela menos. Poco tiempo después de decidir casarse, **Amélie** tuvo una caída sobre el mentón y expulsó el incisivo central inferior derecho (*diente del comienzo*), el día de su cumpleaños. El diente representa la llegada al mundo en relación con el papa (*lado derecho*). Ahora bien, el papá de Amélie no quería hijos y mucho menos una niña. Al expulsar el diente, Amélie trata de evacuar la memoria dolorosa asociada al sentimiento de haber sido rechazada por el papá: *"El hombre no me quiere"*. Al eliminar el diente portador de esa creencia, el día de su aniversario de nacimiento y en los albores de su matrimonio, Amélie conjura el pasado y se da el derecho de ser deseada por el hombre de su vida.

## **MASTICAR**

Muchos son los que consideran la masticación como una función condenada a desaparecer. Al disponer solamente de una comida dura y poco nutritiva, el hombre primitivo debía su supervivencia a una masticación larga y metódica. Las mandíbulas desarrolladas y los dientes excepcionalmente desgastados de nuestros lejanos ancestros dan testimonio de ello. En la era en que los dientes de la batidora y de otros robots eléctricos reemplazan ventajosamente a los nuestros, a la hora de comer alimentos blandos y superabundantes de los expendios de comida rápida, ¿por qué el hombre moderno seguiría masticando? ¡Qué pérdida de tiempo!, ¡qué desperdicio de energía! La vida moderna exige ir rápido. Las teorías evolucionistas tienden a mostrar que el

hombre tiene cada vez menos dientes porque ya no necesita masticar. En un mundo apurado, ¿masticar no es anticuado?

Estudios recientes muestran que la masticación tiene otros efectos además de reducir el alimento para hacerlo asimilable. Las presiones producidas por la masticación estimulan la irrigación del cerebro en el lado por donde se mastica. Sin embargo es muy importante masticar alternativamente de un lado, luego del otro. La masticación “unilateral alternada” estimula la circulación sanguínea en los dos hemisferios. Al favorecer la irrigación del cerebro, masticar previene la demencia senil. Los estudios muestran que las personas que continúan masticando envejecen mejor que las que se alimentan con una comida blanda. Las personas mayores que pierden la capacidad de masticar pierden peso y masa ósea, se hacen dependientes y se encaman más rápidamente que los otros. Si la evolución tiende a darnos un cerebro cada vez más desarrollado, debe también darnos la posibilidad de masticar para irrigarlo. Los que piensan que el hombre del futuro no tendrá dientes y sus quijadas se reducirán harían bien en revisar sus ideas. Y en cuanto a los que estiman que masticar es una pérdida de tiempo, les convendría cambiar de costumbres.

Masticar es apropiarse del mundo para transformarlo. El niño comienza a masticar en el momento en que se para y empieza a caminar. No es un hecho casual. De ahí a pensar que caminar y masticar es lo mismo, no hay más que un paso. Durante la marcha, el peso del cuerpo se lleva alternativamente sobre una pierna y sobre la otra. Así mismo masticamos, alternadamente.

## **MASTICAR**

Masticamos alternadamente de un lado, luego del otro. Los dos hemisferios del cerebro se benefician con las presiones alternadas que procura este ejercicio. Nuestra manera de masticar es reveladora de la forma en que avanzamos en la vida. Masticar nos confronta a la realidad del mundo, a sus obstáculos y a sus resistencias. El niño que comienza a masticar sale de lo blando, de un alimento sin estructura (*leche materna*) para enfrentarse a lo duro, a la necesidad de moler él mismo los alimentos que ya no son premasticados y hasta predigeridos por la mamá. Alimentarse por sí mismo es una señal de autonomía esencial, al mismo nivel que la marcha.

La persona que no mastica se ha quedado bloqueada en el estadio de la no estructura del recién nacido. Como él, es incapaz de sobrevivir por sí sola. La ausencia de masticación es reveladora de una dependencia afectiva extrema. En el plano intelectual, la persona es incapaz de guardar distancia. Se traga todas las informaciones que le dan. Llena de conocimientos, se contenta con regurgitar palabra por palabra. El niño que no mastica ve sus capacidades de aprendizaje disminuidas. Es por eso que es esencial limitar, e incluso de desterrar el uso del biberón que impide masticar, y proponer al niño un alimento firme en cuanto le salen los dientes.

La persona que prioriza una alimentación mezclada, blanda, excesivamente grasosa no ha franqueado la etapa de ruptura con la ternura envolvente de la mamá. Ya sea porque no recibió suficiente ternura materna para poder pasar a la etapa siguiente, o tal vez porque no estaba el padre para ayudarla a salir del regazo materno y hacer frente a la realidad del mundo. Ella tiende a huir de los obstáculos, a eludir las responsabilidades. La vida y sus combates le parecen demasiado duros de asumir. Trata siempre de

encontrar una mamá para que le haga el trabajo y asuma las responsabilidades en lugar de ella.

La persona que mastica largamente, con lentitud, avanza paso a paso, metódicamente en la vida. Tosca, va a lo esencial sin sobrecargarse de florituras. Prudente, dedica tiempo a probar bien sus apoyos antes de aventurarse a ir más lejos.

La persona a la que le gusta moler alimentos firmes necesita dominar a los otros y hasta aplastarlos. De naturaleza voluntaria y enérgica, tiene necesidad de controlar totalmente a su entorno, asegurarse de su influencia sobre los otros, sin dejarle nada al azar.

La persona a la que le gustan los alimentos duros necesita batirse con la vida. En sus creencias, el mundo es duro, sin piedad. Hay que ganarse el pan con el sudor de su frente, nada se obtiene fácilmente. Erige en valores supremos el trabajo y el esfuerzo. Desprecia la facilidad que asimila a la flojera o a la pereza.

La persona que se deleita con alimentos crujientes quisiera quebrar la voluntad del prójimo, comportarse despóticamente, atraer la atención, sin autorizárselo. Probablemente ella misma fue destrozada y negada por un padre tiránico.

La persona que mastica con la punta de los dientes o que mordisquea, odia tener que presionar a la vida. La acción le da miedo. Fantasea mucho más de lo que hace. Una necesidad desmesurada de control le impide lanzarse. El niño que mastica de esta manera está predispuesto a desarrollar un recubrimiento excesivo de los dientes delanteros (*supraoclusión*) que fija su personalidad en una dinámica de retroceso.

La persona que mastica siempre del mismo lado está encerrada en sí misma dentro de un esquema de profundo desequilibrio. Cojea, está amputada de la mitad de su potencial. Gira entorno a esquemas repetitivos, cada vez más apretados a medida que la masticación unilateral agrava su problema de oclusión. Pues mientras más se mastique de un lado, más fácil se hace utilizar el otro lado y acceder a los campos de uno que ese lado representa. El lado donde se mastica traduce la decisión inconsciente de privilegiar un sector de la personalidad. La persona hace que trabaje un solo hemisferio de su cerebro. Su pensamiento se esclerosa, su visión del mundo es unilateral. El lado escogido muestra con qué papeles parentales se identifica (padre-mamá a la izquierda, madre-papá a la derecha) y los esquemas hombre-mujer en los que se encierra (hombre dominador y mujer sumisa a la izquierda, mujer dominante y hombre sumiso a la derecha). Después de múltiples decepciones asociadas a una vida conyugal hecha de frustraciones, *Elisabeth* adquiere la costumbre de masticar por la izquierda. Solicita únicamente el lado profesional, destaca excesivamente la eficacia, el rendimiento, el buen desempeño (lado del padre, arriba) y se apoya únicamente en uno femenino desvalorizado y sometido (lado de mamá, abajo). Bajo su apariencia guerrera, incluso “machista”, Elisabeth se vio como una mujer menospreciada por la influencia masculina. Al renunciar a masticar por la derecha, abandona su lado femenino social (lado madre, arriba) y descuida al hombre reconfortante y amante (lado papá, abajo). Masticar por un solo lado la encierra en la opción que escogió en un momento dado y la obliga a repetir hasta el infinito la misma decisión. En este caso, sólo una reequilibración oclusal efectuada por el dentista puede permitir a la persona salir de su círculo limitante.

## **MOLARES**

Los molares están relacionados con la estabilidad, la seguridad, el anclaje. Ellos representan la capacidad de ocupar su lugar, de fijarse, instalarse para “hacer su hueco”. Los molares están asociados al hecho de alimentarse en el sentido más amplio. “¿*Qué es lo que me alimenta en la vida?*” Evidentemente, los molares que se arruinan muestran que la persona no está satisfecha en el verdadero sentido por lo que hace o vive, que no encuentra los apoyos necesarios para su desarrollo.

### **LOS PRIMEROS MOLARES** (página 56)

Representan el hogar donde se nace. Están vinculados al hecho de sentirse en su lugar en su familia de origen, de gozar de un entorno suficientemente estable y seguro para crecer. Representan el alimento recibido de los padres en todos los planos (material, afectivo, educativo). Los primeros molares son las bases heredadas de la infancia: *existo gracias a mis padres.*

### **LOS SEGUNDOS MOLARES** (página 59)

Estos representan el lugar en la sociedad. Están asociados al hecho de instalarse en un trabajo y de instalarse como pareja para fundar un hogar. Los segundos molares representan el alimento obtenido gracias a los intercambios con los otros, en el plano profesional (molares superiores) y en el plano personal a través de la amistad o la pareja (molares inferiores). Los segundos molares son las raíces de la realización social: *existo entre los otros y gracias a ellos.*

### **LOS TERCEROS MOLARES O MUELAS DEL JUICIO**

Representan el lugar en el universo. Están asociados al hecho de estar bien en sí mismo, por tanto de estar bien en todo. Representan la capacidad de alimentarse sacando de uno mismo los recursos necesarios. Las muelas del juicio son las raíces de la autonomía y la individualidad: *existo por mí, para mí y en mí.*

Dientes de padre/madre y de papá/mamá.

Son las primeras muelas adultas que ofrecen su apoyo, los primeros molares (*o dientes de los seis años*) y representan las primeras personas con las cuales contar en la vida: los padres. Simbolizan el alimento recibido de los padres, más exactamente lo que el niño ha integrado de ellos, entre cero y seis años. Los primeros molares testimonian los apoyos físicos, afectivos y morales dados por los padres. Al igual que los padres tienen vocación de apoyar al niño, los primeros molares tienen por función apoyar el edificio. Representan el mínimo vital necesario en todos los planos (físico, afectivo, educativo) para existir, enraizarse en la vida, crecer y desarrollarse. Si este mínimo se cuestiona, los primeros molares se arruinan y toda la personalidad del niño vacila. Una muela de seis años cariada fija una falta de la que el adulto puede no recuperarse nunca, y mucho más si la muela se daña tempranamente.

Los primeros molares llevan la huella de nuestras creencias más fundamentales frente a la vida. ¿Con quién puedo contar en la existencia? ¿En qué tipo de hombre o de mujer me puedo apoyar?

- en una madre, una mujer autoritaria, una maestra (arriba, a la derecha),
- en una mamá, una mujer tierna y afectuosa (abajo, a la izquierda),
- en un padre, un hombre autoritario, un maestro (arriba, a la izquierda),
- en un papá, un hombre tierno y afectuosos (abajo, a la derecha).

Los primeros molares condicionan nuestro comportamiento y nuestra visión del mundo. Los primeros molares llevan la memoria de los seis primeros años de la vida. Todos los recuerdos de la pequeña infancia se almacenan en esos pilares de la dentadura. Destruir la muela por la carie (o rechazarla por el descarnamiento, la fractura, etc.) es el medio de liberarse de recuerdos demasiado dolorosos, demasiado molestos o demasiado pesados para cargar. **Chen** es un hombre joven de unos veinte años cuyos dientes están indemnes de caries, con excepción de los primeros molares, ya que los cuatro están reducidos al estado de tocones. Sus padres tienen que emigrar cuando cumple seis años. Chen registra en sus primeros molares el impacto del acontecimiento sentido como la privación dolorosa de sus referencias. Destruir sus primeros molares es el medio de borrar en parte las huellas del sismo y de voltear la página sobre el período terminado antes de sus seis años. Olvidar su infancia pasada en Vietnam permite al jovencito adaptarse a su nuevo país, adoptar nuevas referencias para integrarse mejor, borrando el sufrimiento vinculado al desarraigo.

La pérdida del padre, una mudada vivida como un desgarramiento, se ocultan a veces detrás de un primer molar dañado o extraído. Destruir la muela de seis años es el medio de digerir un pasado muy sufrido, muy pesado o como en el caso de Chen, perdido para siempre.

Un primer molar dañado abajo a la derecha muestra un problema relacionado con el papá, abajo a la izquierda relacionado con la mamá, arriba a la derecha relacionado con la madre, arriba a la izquierda relacionado con el padre.

### **PRIMEROS MOLARES SUPERIORES O MUELAS DEL PADRE/MADRE**

Los primeros molares de arriba representan a los padres educadores, padre a la izquierda, madre a la derecha, cuyo papel es transmitir valores al niño, fijarle un marco y, al plantear prohibiciones y límites, darle referencias. Los primeros molares de arriba representan la relación con la autoridad. El hecho de que falten o de que estén dañados muestra que el niño se sintió tratado injusta o arbitrariamente por el progenitor, padre (muela izquierda), madre (muela derecha). El progenitor ha mostrado un exceso de autoridad o de laxismo. A veces, su actitud, percibida como incoherente por el niño, es una mezcla de los dos extremos. La muela se daña cada vez que la persona se enfrenta a la autoridad o a la jerarquía en su vida de adulto.

Puede también que la persona esté tratando de destruir el modelo paterno o materno, para liberarse de ellos. Como el proceso no es consciente, se traduce por la destrucción de la muela que representa al progenitor recordado como agobiante o limitador. A la edad de treinta años, **Nathalie** toma la decisión de cambiar de vida. Renuncia a un puesto bien remunerado para darle la vuelta al mundo. El primer molar de arriba a la izquierda (*muela del padre*) desarrolla una carie en los meses siguientes. Nathalie necesita destruir la tutela paterna en su interior. Su padre, fallecido algunos años antes, habría desaprobado esa decisión. Por fidelidad inconsciente, Nathalie se siente culpable de su decisión. Más allá de la muerte, necesita liberarse de la influencia que su padre ejerce todavía en ella.

Los primeros molares de abajo representan a los padres adoptivos, papá a la derecha, mamá a la izquierda, cuyo papel es garantizar la seguridad material y afectiva del niño, tejer un refugio tranquilizador hecho con ternura, con presencia afectuosa y amor. Cuando están dañados, expresan una profunda inseguridad, el miedo a carecer de